



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Escucha el llanto de mi corazón

El excomandante de las SS, Helmut Siedl está siendo juzgado en Moscú por crímenes de guerra cuando era uno de los jefes de la ocupación nazi en el Cáucaso. Siedl se ha declarado inocente y ha acusado como responsable directo de la aniquilación de más de cinco mil civiles a Fritz Bierrenbach, el padre desaparecido de Brigitte.



Lou Carrigan

Escucha el llanto de mi corazón

Brigitte en acción - 187

Archivo Secreto - 214

ePub r1.1

Titivillus 28.10.2017

Lou Carrigan, 1974
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

—¡Rusia está acabada! —exclamó Frank Minello—. ¡Hemos destrozado a los rusos, los estamos haciendo picadillo, jamás volverán a ser nada en la vida, nunca más podrán…!

—Vamos, vamos, Frankie, no exageres —cortó Brigitte Montfort, riendo.

—¡Pero si ya está decidido! La cosa está bien clara, me parece a mí; después de esto, Rusia arrastrará por el mundo la más grande derrota de todos los tiempos. Se les van a reír hasta las piedras… ¡Están acabados!

Brigitte Montfort, alias Baby, la más sensacional espía de todos los tiempos, encogió los hombros. Con este solo gesto lleno de gracia, dejó pasmados una vez más a sus amigos Frank Minello y Miky Grogan; éste, director del *Morning News*, donde *miss* Montfort realizaba sus labores de periodista como directora de la Sección Internacional, y Minello de la Sección Deportiva.

Sí. Con un solo gesto, la señorita Montfort era capaz de dejar turulato a cualquier hombre. Porque cualquiera de sus gestos delicados, elegantes y llenos de gracia, estaban respaldados por una belleza absolutamente fuera de toda comparación; dorada piel, perfectas y armoniosas las delicadas formas de su cuerpo, dulce la sonrosada boquita, de belleza increíble los grandiosos ojos azules, esbelto el delicioso cuello, bellísimas las manos…, la señorita Montfort no podía tener rival en cualquier concurso de belleza mundial.

—Insisto en que exageras, Frankie —dijo—. Recuerda que el combate todavía no ha terminado.

—¿Qué importa eso? ¡Ya se ve claramente quién va a ganar!

—Yo no lo veo tan claro; solamente están tres a cinco… Y aún quedan dieciséis partidas.

—Brigitte tiene razón —intervino Miky Grogan—. Desde luego,

Fischer está ganando, eso nadie va a negarlo, Frankie. Pero no olvidemos que ese ruso, el tal Spassky, es el campeón del mundo. Y no se llega a campeón del mundo por casualidad. Sobre todo en ajedrez.

—Bueno… Eso lo admito —dijo Minello, tras vacilar un instante —. Verdaderamente, un campeón del mundo de ajedrez tiene que ser una cosa seria cuando se pone a utilizar los sesos, pero… después de un campeón viene otro. Y yo estoy convencido de que Fischer se va a cargar a Spassky en Reikjavik. Llevan jugadas ocho partidas de las veinticuatro de que consta el campeonato, y nuestro Fischer ya ha panado cinco, y el ruso sólo tres… Yo digo que detrás de un campeón llega otro nuevo.

—Eso es indiscutible —terció Brigitte—. Lo que ya no me parece tan discutible es que sea Fischer el llamado a ser el nuevo campeón mundial de ajedrez. Conozco bien a los rusos.

—Ji, ji, ji… —rió Minello—. ¡Esto sí que es divertido! ¡Dice que conoce a los rusos!

—¿Acaso vas a discutir eso también? —se sorprendió la divina espía.

—No, no… Los conoces muy bien, de acuerdo. Pero… como espías, no como jugadores de ajedrez. Y hablando de espionaje, ahí también los estamos zurrando, y si no, contesta a esta pregunta: ¿cuántas veces te han ganado a ti los rusos una partida de espionaje?

—Ninguna —rió ahora Brigitte—. Que yo sepa, al menos.

—¿Lo ves? ¡Estamos acabando con los rusos! ¡Tú con espionaje y Bobby Fischer con ajedrez! Y a propósito de todo esto, ¿vamos a cenar juntos esta noche o no?

Brigitte y Grogan cambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Qué tiene que ver lo que estamos hablando con que tú cenes esta noche con Brigitte? —refunfuñó por fin Grogan.

—Hombre, para celebrarlo… ¡Voy a celebrar la supremacía de Estados Unidos en espionaje y ajedrez! Es un gesto patriótico, ¿no les parece? Así que, querida mía de mi vida, espero que no te opongas a que un norteamericano tenga un gesto patriótico.

De nuevo se echó a reír la bellísima superespía.

—Frankie, eres el hombre de los despropósitos. Todavía me río cuando recuerdo aquella vez en que me invitaste a oír música y me

dijiste que el programa era *El charco de los patos* en lugar de *El lago de los cisnes*.

—¿Significa esto que te vas a negar a cenar con un patriota americano?

—Pues, no… No realmente, querido.

Frank Minello lanzó un aullido de alegría.

—¡Estupendo! ¡Viva América! ¡Voy a pasar la noche más formidable que…!

—Me temo que no podrá ser, Frankie —cortó Grogan, con expresión maligna.

—¿Qué es lo que no podrá ser? —Palideció Minello.

—Lo de tu cena esta noche con Brigitte. Como he visto tu gran interés personal por esta contienda de ajedrez que se está celebrando en Islandia, te he sacado un pasaje de avión para que vayas allí a escribir tú mismo sobre ella.

—¿Yo? ¿Sobre ajedrez?

—¿Por qué no?

—Pe… pe… pe… pero… yo no soy ajedrecista… Mi especialidad es el boxeo y el atletismo en general… De ajedrez sólo sé cómo se mueven las piezas.

—No digas mentiras —dijo Brigitte, haciendo lo posible para contener la risa—; una vez hiciste tablas conmigo.

—¡Eso fue una chiripa como el Empire State Building! ¡No quiero ir a Reikjavik!

—El pasaje ya está adquirido —dijo Grogan—. Además, eres el jefe de la sección deportiva de este periódico, ¿no? Me parece muy oportuno que des una buena lección de celo profesional. Tu avión sale a las cuatro.

—¡Usted me odia! —aulló Minello.

—En efecto —asintió plácidamente Grogan.

—¡Ah…! ¡Y lo admite, el muy… negrero! ¡Pues no pienso ir a Reikjavik!

—¿De veras? —Pareció alegrarse infinitamente Grogan.

—¡De veras!

—Magnífico. Pasa por caja y di que te paguen. Adiós, Frankie; estoy seguro de que encontraré un jefe mejor que tú para la sección deportiva.

—Eso no es cierto, Miky —protestó Brigitte—. Frankie es un

cabezota, pero como periodista deportivo no hay otro mejor.

—¡Viva tu madre! —exclamó Minello.

—Desde luego, siempre serás un bruto —murmuró Brigitte—. No deberías decir esas cosas.

—Perdona… Santo cielo, sí que soy un pedazo de bestia, Brigitte. Perdóname. Es que… Sonó el teléfono. Minello calló y Grogan atendió la llamada.

—¿Sí?

—…

—Ah… —Grogan miró sorprendido a Brigitte—. Sí, sí, que pase inmediatamente. Sí, inmediatamente —colgó y musitó, mirando ahora con gran atención a Brigitte—. Es Peggy, Brigitte. Parece que quiere verla con urgencia.

—Mucha urgencia tiene que ser para que ella venga aquí, en efecto —susurró Brigitte, un poco pálida de pronto.

La puerta del despacho privado de Grogan se abrió y entró Peggy, la doncella que cuidaba del apartamento de Brigitte, desde hacía más de siete años. La única pero fidelísima empleada de la agente Baby de la CIA, la cual acudió a su encuentro inquieta.

—¿Qué ocurre, Peggy?

—Perdone que la moleste aquí, señorita, pero…

—Vamos, no digas tonterías. ¿Qué ha pasado?

—Una carta para usted. Con franqueo de máxima urgencia. Y, además, vea quién se la envía.

Le entregó la carta y se quedó mirándola atentamente, mientras Grogan y Minello hacían lo mismo. Brigitte no necesitaba leer el nombre del remitente para saber quién era. Le bastaba una simple mirada a la letra, grande y sólida, que definía su dirección:

Miss *Brigitte Montfort Crystal Building*

NEW YORK (N. Y.)

U. S. A.

Rasgó el sobre y sacó una cuartilla de papel y un pasaporte. Echó un vistazo a éste y sonrió un tanto crispadamente al ver en él su propia fotografía. Pero, ciertamente, el pasaporte no estaba a nombre de Brigitte Montfort, sino de María Piamonte, italiana, residente en Roma. Un pasaporte falso, sin duda alguna, pero de

una perfección tal que podría pasar por auténtico en cualquier parte del mundo. Lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta quién lo enviaba.

Lo dejó sobre la mesa de Grogan y dedicó su atención a la cuartilla.

Es decir, no era solamente una cuartilla en la que se había escrito, sino que la cuartilla servía de marco a un recorte de periódico sujeto a aquélla por dos fragmentos de cinta adhesiva. El texto del artículo estaba redactado en ruso, pero esto no representaba obstáculo alguno para la más eficiente espía del mundo.

Traducido, éste era el texto:

> *Moscú, 29 agosto*. — En Yalta se está celebrando un juicio de esclarecimiento de crímenes de guerra, perpetrados en mil novecientos cuarenta y dos durante la ocupación alemana del Cáucaso. El ex comandante Helmut Siedl, uno de los jefes de la S. S. nazi durante dicha ocupación, ha sido finalmente hallado por los servicios secretos rusos que, como a otros, lo han estado buscando durante más de veinticinco años, como responsable directo de la aniquilación de más de cinco mil personas civiles, la mayoría de ellas niños y mujeres. Ante la acusación de este espantoso crimen de guerra, el ex comandante de las S. S. se ha declarado inocente, alegando que toda la responsabilidad estuvo en el estratega alemán Fritz Bierrenbach, destacado personalmente por Hitler para organizar y dirigir esta operación de terror psicológico en el pueblo ruso, a fin de facilitar todavía más la penetración de las tropas alemanas. — *Tass*.

La palidez de Brigitte era tal que Minello se acercó a ella, también pálido, y la tomó por un brazo.

—Brigitte —musitó—. Brigitte, ¿estás bien?

Ella le miró, con los ojos muy abiertos, casi desorbitados. Pero a

pesar de tenerlos tan abiertos, parecía no ver a Minello. Miky Grogan se levantó, no poco preocupado, y fue a su bar, de dónde sacó una botella de *whisky*. Sirvió en un vaso y se lo llevó a Brigitte.

—Beba, Brigitte… Le sentará bien. Vamos, beba.

Ella negó con la cabeza.

—No —negó con voz ronca—. No, gracias, Miky.

—Pero ¿qué te pasa? —Le palmeó Minello cariñosamente la mejilla—. ¿Tan malas son las noticias?

—Yo creo que debería tomar un trago —insistió Grogan.

—No, no… No quiero nada. Nada —se volvió hacia la preocupadísima Peggy—. Ve a casa y prepárame mi equipaje. El de verano. Deprisa.

—Sí, señorita.

Peggy salió rápidamente de allí, y Brigitte fue al teléfono, marcó un número y a los pocos segundos murmuró:

—¿Simón?

—¡…!

—Gracias. ¿Está tío Charlie?

—…

—Gracias de nuevo.

Esperó unos segundos, mientras Minello dirigía un vistazo al artículo, que ella sostenía en la mano izquierda. El periodista soltó un gruñido al ver los caracteres rusos…

—¿Tío Charlie?

—…

—La señorita María Piamonte, ciudadana italiana residente en Roma, partirá de Roma hacia Yalta, en Crimea, Rusia, en viaje de vacaciones… ¿Cómo?

—…

—No, no. Yo me las arreglaré fácilmente para llegar a Roma. Es la señorita Piamonte la que necesitará tenerlo todo arreglado para, a mi llegada a Roma, partir lo más pronto posible hacia Yalta. No importa la ruta, pero sí el tiempo. Todo urgente.

—…

—Gracias, tío Charlie. Hasta pronto.

Colgó, se sentó en el sillón de Grogan, tomó papel y un bolígrafo y quedó pensativa. Luego, velozmente, a mano, comenzó a escribir. Terminó en menos de tres minutos, metió el papel escrito en un

sobre, puso la dirección, lo cerró y se lo entregó a Minello.

—Frankie, por favor, ponle franqueo a esta carta y envíala con máxima urgencia… ¿Lo harás?

—Claro —musitó el fiel amigo—. ¿Vas a Yalta, a Rusia?

—Sí.

—Pero ¿qué ocurre? —se interesó Grogan.

—Tenga —le entregó Brigitte el recorte de periódico—. Léanlo y lo sabrán. Adiós. Espero volver pronto.

Y salió del despacho, sin darles tiempo a reaccionar. Miky Grogan, finalmente, miró el recorte y masculló:

—¿Cómo demonios vamos a leer un artículo escrito en ruso?

—Burt sabe ruso —deslizó melosamente Minello—. Es nuestro receptor de noticias directas desde Rusia, ¿recuerda? Pero, a lo peor, Brigitte no querría que nadie se enterase de lo que dice aquí.

—Nos ha dicho que lo leamos. Además, es un artículo, no una misiva privada. Puede leerlo todo el mundo… Llama a Burt.

Doce minutos más tarde, el traductor de ruso del *Morning News* entregaba la traducción a Grogan, que se apresuró a leerla, con Minello a su espalda, mirando por encima de un hombro. Cuando terminaron de leer, los dos estaban evidentemente impresionados… Cosa que Burt no acababa de entender muy bien, así que se permitió decir:

—Verdaderamente, la noticia es lamentable, por todo lo que implica… Parece que la guerra no vaya a terminar nunca. Pero no creo que deban impresionarse tanto. ¿Llevo la traducción a máquinas?

—No —negó Grogan.

—Como noticia, es interesante —se sorprendió Burt.

—He dicho que no. Gracias, Burt,

—*Okay*, usted manda. Hasta luego. Ah, oye, Frankie, ¿te has enterado? Mohammed Alí, o sea, tu admirado Cassius Clay, va a boxear en Barcelona, en España. ¿Crees que…?

—Vete al demonio.

—Desde luego, estás majareta —gruñó Burt—. Vete tú al diablo.

Y salió del despacho.

—¡Ese cretino…! —empezó Minello.

—Él no sabe que Brigitte se llama Bierrenbach antes que Montfort, Frankie —recordó Grogan—. Así que no ha podido

comprender lo que significa este artículo para todos nosotros.

—Santo cielo —gimió Minello—. A la madre de nuestra querida amiga la fusilan los alemanes durante la guerra en una siniestra prisión, y ahora son los rusos los que parecen dispuestos a creer que el padre de ella, Fritz Bierrenbach, fue el… coordinador del asesinato… ¡de cinco mil personas! Están locos… ¡Están todos locos! El padre de una persona como Brigitte jamás pudo preparar semejante horror… ¡Es imposible!

—Desde luego, si ella ha soportado esta noticia sin caer fulminada, ya no habrá nada en el mundo que pueda impresionarla. Yo también pienso como tú, Frankie: es imposible que una persona como Brigitte pueda ser hija de un hombre capaz de preparar cinco mil asesinatos como… operación estratégica.

—Lo que ocurre es que resulta muy fácil echar las culpas a los muertos. ¡Cómo no pueden protestar…!

—Nadie tiene la seguridad de que Fritz Bierrenbach haya fallecido —recordó Grogan—. Ni siquiera la propia Brigitte ha conseguido encontrar nunca una pista sobre él.

—Al demonio con todo eso; ya verá cómo Brigitte va a poner Yalta patas arriba para dejar las cosas bien claras. O toda Rusia, si es necesario… ¡Menuda es la agente Baby!

Capítulo II

El avión de la línea Aeroflot, procedente de Moscú, tomó tierra en el aeropuerto de Sinferopoli, de Yalta, y minutos después, sin la menor dificultad, la *signorina* María Piamonte aparecía en la sala de espera. Sin dificultad, en primer lugar porque llegaba desde Moscú y si allá lo habían dado todo por bueno, no tenían por qué hacer menos en Yalta; y en segundo lugar, porque habría sido absurdo que Rusia hiciera propaganda en Italia sobre las delicias del Mar Negro, y luego pusiera inconvenientes a los turistas que iban a dejarse allá sus buenos dólares americanos.

La revisión del equipaje no había podido ser más somera y amable. Incluso el maletín rojo con florecillas azules mereció una sonrisa divertida por parte del empleado ruso que lo examinó. No tenía por qué sorprenderse: las mujeres del mundo occidental eran muy coquetas y un maletín lleno de productos de belleza era normal, corriente.

En la salita de espera, María Piamonte miró a su alrededor y acabó frunciendo ligeramente el ceño. Un empleado del aeropuerto se hizo cargo de su equipaje y se dispuso a buscarle un taxi. María Piamonte, hablando un ruso pésimo, lo agradeció, pidiendo que la esperasen unos minutos. Fue a la oficina de Información y, siempre utilizando un ruso que hizo sonreír a la empleada de Intourist, se presentó y preguntó si había algún recado para ella.

Había un recado, en efecto.

Una brevísima nota, escrita con la misma letra grande y sólida que el sobre que, casi tres días antes, había recibido la señorita Brigitte Montfort en Nueva York.

La nota decía simplemente:

HOTEL OREANDA

Dio las gracias, se guardó la nota y fue a adquirir una tarjeta postal que representaba la cascada Agua Volante, o, como decía en el reverso, *Ucian-Su*. En esa postal, apuntó la dirección de un caballero residente en Alemania llamado Wilhem von Steinheil, y luego, con preciosa letra, escribió:

Saludos cariñosos desde Yalta, estaré en el Hotel Oreanda.

María

Echó la tarjeta en un buzón y se fue hacia donde la esperaba el taxi ya cargado con su equipaje. Teóricamente, en Rusia no se admiten propinas, pero su billete de cinco dólares fue dignamente admitido por el empleado del aeropuerto. Y después, el taxista ruso, cuando detuvo el coche delante del Hotel Oreanda, se dignó aceptar, no sin indiferencia, una propina semejante, mientras María Piamonte, sonriente, contemplaba el hotel de planta baja y dos pisos pintado de blanco y crema. La marquesina, muy bonita, era amplia y había flores en ella y delante un seto muy bien cuidado. Arriba, en los dos pisos, largos balcones recorriendo casi toda la fachada.

Tampoco en el hotel tuvo dificultades porque, desde hacía cuatro días, la *signorina* Piamonte tenía reservada una habitación, en el segundo piso, cosa que el conserje supo hacerle entender fácilmente, ya que ella lo esperaba así.

Fue acompañada a su habitación, dio otra propina, que esta vez sí fue rechazada, y se dedicó a instalarse una vez sola. Con método, sin prisas, María Piamonte fue colocando sus cosas en el armario, mientras pensaba que era un tanto inquietante haber tenido que dejar su pistolita de cachas de madreperla en Nueva York. Pero una cosa era engañar a los aduaneros rusos con un maletín lleno de cosas sorprendentes que no podían descubrir, y otra cosa era llevar una pistola que, simplemente, sólo podía parecer una pistola en todo momento.

En cambio, la radio especial, de diminutas piezas, podía parecer un simple transistor… Aparato que se quedó mirando dubitativamente. Por fin, movió la cabeza en sentido negativo, desistiendo de llamarle: él siempre hacía lo mejor. Sólo tenía que esperar.

Dejó abierta la puerta del cuarto y entró en el baño. Se duchó, se

envolvió en una toalla y salió de nuevo al dormitorio…

Ni el más leve gesto de sorpresa apareció en su rostro al ver, sentado en una de las butaquitas, al impresionante sujeto que se quedó contemplándola atentamente. Atlético, altísimo, de hombros finos y anchos, como de acero. Sus cabellos eran color cobre, sus ojos negrísimos, su boca un corte seco y duro en el pétreo mentón saliente, agresivo; muy bronceado, manos grandes, de dedos largos, poderosos. Vestía zapatillas de tenis, pantalón blanco y jersey negro de cuello abierto, dejando visible el cuello, fuerte, fino, nervudo.

—¿Has tenido buen viaje? —preguntó él, en italiano.

—Aceptable —asintió ella—. ¿No dicen que en los hoteles rusos no se permiten esta clase de visitas?

—Hay pocas cosas que los rusos puedan prohibirme a mí. De todos modos, seremos discretos y breves. No hay que abusar. ¿Te gustaría almorzar conmigo?

María Piamonte sonrió dulcemente.

—Es posible. Depende de lo que me ofrezcas.

—Poca cosa… Un poco de pescado asado, pollo en salsa, café, algo de fruta. Pero, eso sí, en Scialac.

—¿Qué es Scialac?

—Un famoso restaurante en la carretera costera. Mientras almorzamos, podrás contemplar paisajes de maravilla, de mar y montaña. Crimea es preciosa.

—Y a Yalta la llaman «La perla de Crimea» —sonrió ella de nuevo, dulcemente—. Es un hermoso lugar para resolver un horrible asunto. Iremos a Scialac… ¿Tienes coche?

—He conseguido uno.

María Piamonte asintió con la cabeza, dejó la toalla sobre la cama y, en lugar de dirigirse hacia el armario en busca de ropa, fue a sentarse en las rodillas del visitante. Él la rodeó con sus fuertes brazos y ella cerró los ojos. Estuvieron besándose largamente, inmóviles los dos, hasta que ella, sin aliento, se apartó, suspirando.

—¿Por qué no has venido a esperarme al aeropuerto? —musitó.

—Hubiese sido necio perder un contacto importante. ¿Dónde dirás que he estado?

María Piamonte sonrió luminosamente.

—Jugando al tenis con alguien que nos interesa.

—Coronel Leonid Okanov. Es uno de los componentes del

tribunal militar que están juzgando a Helmut Siedl. El coronel Okanov está alojado… digamos privadamente en este hotel. Es un hombre muy amable.

—Pero muy listo.

—Desde luego.

—Y como tú no lo eres menos, sino seguramente muchísimo más, te has guardado muy bien de hacerle una sola pregunta sobre el juicio por crímenes de guerra.

—*Ecco* —sonrió pícaramente el viril visitante—. Para el amable coronel Okanov, yo soy simplemente el correcto Angelo Tomasini, un hombre imposible de vencer en una partida de tenis.

—¿No le has dejado ganar ni una sola vez? —rió María.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Frunció el ceño—. El mejor modo de que siga sintiendo interés por el *signore* Tomasini es picarle en su amor propio. Tenemos otra partida concertada.

—Supongo que el buen coronel Okanov se llevaría el susto de su vida si supiese que está jugando al tenis con Número Uno, el más grande espía americano que ha existido jamás.

—Seguramente. Y su susto sería de muerte si supiese que la *signorina* María Piamonte, a la que quizá le presente, es nada menos que la agente Baby de la CIA.

María Piamonte sonrió y acarició las sienes de Angelo Tomasini.

—Te han salido algunas canas más desde la última vez que nos vimos… Te estás haciendo viejo, mi amor.

Un destello brillante, malicioso, apareció brevísimamente en los negros ojos de Número Uno.

—Si no tuviésemos que ir a almorzar a Scialac, podría demostrarte que las canas no significan nada. Si acaso, a un hombre tan apuesto como yo, le hacen más interesante.

—¡Oh! —Abrió ella mucho los ojos—. ¿Realmente estoy hablando con el impávido, serio, imperturbable… y casi antipático Número Uno?

Él le pasó un brazo por la nuca, y la atrajo. Volvieron a besarse. Y todavía besándose, Angelo Tomasini se puso en pie y llevó a la cama el desnudo cuerpo de la mujer amada. La dejó sobre el lecho y refunfuñó:

—¿Vamos o no vamos a Scialac?

—Lo que tú quieras —susurró ella.

Por un instante, Número Uno estuvo tentado de ir a Scialac inmediatamente, cortando aquella escena, aquella ocasión de amor, temiendo que el estado de ánimo de Brigitte fuese demasiado triste. Pero, precisamente por eso, no podía, no debía privarla de aquella parte de su vida que contribuía a su felicidad. ¿Qué mejor cosa que el amor para disipar todas las tristezas?

—Podríamos ir un poco más tarde allá —murmuró.

—Ya te he dicho que lo que tú quieras, mi amor…

Número Uno se quedó mirando los bellísimos ojos fijos en él. Luego, deslizó una mano por la tersa piel de Brigitte, y notó enseguida la respuesta, aquella vibración dulce y sólida en la carne de seda y de oro. Se inclinó a besarla en un seno, y aumentó sus caricias cuando notó las manos de ella, en su nuca, y oyó su suspiro.

—Mi amor… —Tembló la voz de Brigitte Montfort, alias Baby, alias María Piamonte—. Mi amor, ¿qué haría yo sin ti en la vida…?

Cuando, sin dejar de acariciar el turgente cuerpo, Número Uno acercó su boca a la de Brigitte, ésta tenía en los labios el más tierno suspiro de amor… que está esperando amor.

Había tiempo para ir al Scialac.

Por muy hermoso que fuese el lugar, podía esperar.

Y esperaría.

* * *

—Es realmente hermoso —suspiró María Piamonte—. Un lugar encantador, mi amor. Pero, francamente, no acaba de gustarme la cocina rusa. Prefiero la china.

—Pues el pollo no ha estado nada mal. Espero —la miró fijamente, de pronto—, que aunque el asunto te concierna tan directamente, estés dispuesta a trabajar con tu habitual frialdad…

—Ya sabes que los espías de nuestra categoría nunca perdemos la compostura —musitó ella—. ¿Cómo supiste eso, mi amor?

—Tengo un amigo en Yalta.

—¿Ruso?

—Sí, desde luego. De cuando en cuando, me envía noticias que a él le parecen interesantes. Es un hombre que en ocasiones me ha puesto en contacto con la MVD, para la cual, como sabes, he hecho algunos pequeños trabajos.

—No creo que tú hayas hecho nunca «pequeños» trabajos, pero no vamos a discutirlo. Además, desde que la CIA te traicionó, te facilitaron el derecho a hacer lo que te venga en gana… De todos modos, nuestra situación resulta un tanto chocante: yo en la CIA y tú al servicio de quien mejor pague…, lo cual podría llevarte a aceptar un trabajo de la MVD en el cual tuvieses que enfrentarte conmigo.

—Eso no sucederá jamás.

—¿Quién es ese amigo tuyo?

—Se llama Uri. Es caucasiano, así que inmediatamente se tomó interés por este juicio de Yalta y, como te he dicho, me puso al corriente. Simplemente, me envió el artículo de la agencia Tass publicado en *Pravda*. Imagínate mi sorpresa al ver el nombre de tu padre en ese artículo…

—Uno —ella le puso una manita sobre una de él—; tú no crees eso que se dice de mi padre, ¿verdad?

Número Uno estuvo mirando unos segundos los dolidos ojos tan bellos, tan azules. Luego, desvió la mirada hacia el Mar Negro, que no tenía nada de negro, sino que se mostraba radiantemente azul bajo el sol. Mirando hacia allí, hacia el mar, se veían pinos de intenso verdor que parecían flotar sobre las aguas. Mirando hacia las montañas se veían árboles de hojas doradas y ásperas cumbres. El lugar era hermoso, tranquilo, silencioso… Había más comensales en Scialac, generalmente matrimonios, que sonreían amablemente al captar de cuando en cuando alguna palabra y comprender que eran extranjeros.

—¿No quieres contestar? —Se tensó la voz de ella.

Número Uno volvió a mirarla fijamente.

—Seamos realistas, Brigitte —murmuró—. Yo no creo nada. Ni dejo de creer nada. Allí están los hechos y ha salido a relucir el nombre de tu padre. Si me preguntases cosas sobre ti, no tendría la menor vacilación, porque sé absolutamente, completamente, todo lo que tú puedes hacer o dejar de hacer… Pero no me pidas que tenga la misma seguridad en lo que tu padre podría o no podría hacer. Los hechos son los hechos. No creo nada…, pero si estoy aquí, si *yo* mismo te puse al corriente de todo y te he facilitado la introducción en el asunto, es porque estoy dispuesto a ayudarte. Pídeme lo que quieras y lo haré; sabes que incluso moriría por ti… Pero no me

pidas que piense nada determinado de un hombre que se llama o se llamó Fritz Bierrenbach.

—Te entiendo… Y no puedo reprocharte tu actitud; en verdad tenemos que ser realistas. Espero tener suerte alguna vez. Antes de salir de Nueva York escribí a Alexandria, pidiéndole una vez más que vea de enterarse de todo lo concerniente a mi padre; si está vivo o muerto, si…

—Si no recuerdo mal —cortó suavemente Angelo—, va has molestado varias veces a tu amigo el barón Wilhem von Steinheil con esa misma petición, y nunca ha podido facilitarte dato alguno. Claro que von Steinheil, es decir, el veteranísimo espía Alexandria, puede conseguir algo en cualquier momento, pero…

—Le he enviado una postal desde el aeropuerto, diciéndole que estoy en el Hotel Oreanda; si sabe algo me enviará los datos al hotel… ¿Te parece mal?

—No. Pero todo lo que él haga, no cambiará nada. Aquí, en Yalta, el comandante de las S. S. llamado Helmut Siedl está acusando a tu padre como precursor de la idea de terror psicológico cuando hace treinta años los alemanes estuvieron en Rusia. Todo lo que podemos saber sobre tu padre no servirá de nada…, a menos que apareciese él en persona y se enfrentase a Helmut Siedl y pudiese demostrar que éste está mintiendo.

—Yo… creo que mi padre está muerto, Uno. Tiene que estar muerto hace mucho tiempo.

—¿Quieres que te describa un poco lo que ocurrió en el Cáucaso hace treinta años? Me refiero a la ocupación nazi, a lo que los soldados alemanes hicieron con las gentes rusas… Estos días he estado consiguiendo datos… Datos rusos, por supuesto, pero no dudo de su veracidad. ¿Quieres que te describa lo que pasó?

—No —palideció María Piamonte—. No. Además, no tendrías que hacerlo…

—Bien… Te lo diré de otro modo; si yo fuese Fritz Bierrenbach y realmente hubiese ideado la operación que está dando lugar al juicio militar, haría ya años que me habría escondido en el centro de la tierra, y ni siquiera mi más querida familia tendría noticias de mí. O eso, o me habría suicidado, destrozado por los remordimientos.

—Mi padre no…

—Brigitte; fueron más de cinco mil personas asesinadas. Más de cinco mil personas: mujeres, niños, ancianos… Y todo, para nada. Yo no digo que fuese tu padre el promotor de la idea. Y además, admito perfectamente que Helmut Siedl, ese comandante que están juzgando ahora, después de haber sido cazado por la MVD, niegue toda actuación personal en aquella matanza. Lo negaría aunque hubiese sido todo idea suya, no de tu padre. Todos negaríamos ser los causantes de semejante atrocidad. Indudablemente, Helmut Siedl tiene una gran ventaja: la persona que él acusa, no está; hace muchos años que desapareció… Puede que le crean, puede que no. Si la creen, el nombre de Fritz Bierrenbach será escrito en el libro de los malditos. No se me ocurre cómo evitar esto, pero quiero ayudarte, comprendo que quieras luchar para evitar esto. Te ayudaré en todo, haré lo que quieras, pero, por favor, no me preguntes qué pienso yo, qué haría yo, y cosas parecidas.

—Siempre tienes razón —susurró ella—. Siempre la tienes, mi amor.

—Entonces, de acuerdo. Nada de prejuicios, ni de querer buscar otra cosa que la verdad, sólo la verdad. Si tu padre fue un criminal de guerra, yo seguiré amándote, y te ayudaré a reponerte de esa pena. Pero no me pidas que tanto tú como yo neguemos la verdad. ¿Trato hecho?

—Sí.

—De acuerdo. Entonces, empecemos a trabajar en serio.

Ella le miró vivamente.

—¿Qué quieres decir?

—No creerás que llevo cinco días aquí dedicado exclusivamente a jugar al tenis con el coronel Okanov, ¿verdad?

—¿Has encontrado alguna pista que…?

—Cálmate —sonrió dulcemente Número Uno, acariciándole una mano—. Por el momento, me he limitado a tomar fotografías. Microfotos, naturalmente. Mi amigo Uri se ha estado encargando de ir revelándolas. No es un experto de la CIA, precisamente, pero tampoco lo hace del todo mal… ¿Un poco de massandra?

María Piamonte contemplaba a Angelo Tomasini con admiración y adoración.

—No se puede decir que Número Uno sea de los que pierden el tiempo, desde luego —murmuró—. Se me ha dicho tantas veces que

soy la mejor espía del mundo que a veces hasta yo misma me lo creo. Pero no… No. Siempre serás el mejor, Uno, siempre.

—Hay una diferencia entre tú y yo, de todos modos —dijo él hoscamente—. A ti, jamás te traicionaría nadie. A mí me traicionó la propia CIA, por la cual me jugué la vida cientos de veces.

—Eso tiene una explicación: soy más bella que tú. También, sinceramente, creo ser una buena espía… Pero cada vez que trabajamos juntos, me siento como una torpe alumna que puede cometer un fallo en cualquier momento.

—No exageres —volvió a beber él—. Y bebe un poco de vino de Massandra; es excelente para el postre. Los rusos dicen que es el mejor del mundo… Incluido el madeira, el jerez…

—Los rusos son muy patriotas —rió María—. Pero un tanto ilusos, al menos en esto de vinos. De todos modos, sí, beberé un poco… mientras veo esas fotografías…

Angelo Tomasini le tendió el sobre y mientras ella sacaba las fotografías, le sirvió una copa de vino. María lo probó, ya con las fotografías en la mano, y emitió una risita burlona. Luego, sus inteligentes y bellísimos ojos azules se posaron en la primera fotografía. Enseguida, al contemplar aquel rostro de hombre, sonrió… Un rostro grave, serio, sólido, de mirada serena; cabellos cortos, gesto austero. Un rostro en el que resplandecía la firmeza y la honradez.

—El coronel Okanov, naturalmente —dijo.

—En efecto. Me ha parecido conveniente que lo conozcas desde el primer momento. Supongo que te has dado cuenta de que lo he elegido para esta… amistad deportiva precisamente por su honradez. Esta es la clase de ruso en la que hasta yo mismo me fiaría. Me permito dudar que el coronel Okanov haga alguna vez algo que él considere deshonesto o criminal.

—Yo creo que has elegido bien… No olvidaré este rostro —pasó a la siguiente fotografía y alzó las cejas—. Este otro también parece ruso.

—Paulov Metreveli… —sonrió secamente Número Uno—. Uno de los más… reposados y avispados jefes departamentales de la MVD.

—¿Está aquí, en Yalta? —se sorprendió María.

—En cuerpo y alma… Es decir, en carne y hueso. Eso de alma es

una especie de broma occidental, según el punto de vista ruso.

—¿A qué se dedica el colega Metreveli en Yalta?

—Está alojado en un bonito balneario, toma baños de mar y baños de sol y pesca con frecuencia en el amado Mar Negro, Todo un deportista: pesca con caña.

—¿Eso es todo la que hace? Bueno, quizá esté casualmente de vacaciones en Yalta…

—A ver si va a resultar verdad que eres una torpe alumna.

María Piamonte sonrió.

—Procuraré mejorar… Vaya, de manera que tenemos nada menos que a un jefe de la MVD rondando por aquí… Eso significa una presencia masiva de agentes secretos rusos, ¿no te parece?

—Podría ser. Los rusos están aprendiendo a ser espías y cada vez va resultando menos fácil identificarlos.

—¿No has visto a ninguno? ¿Solamente a Metreveli?

—Por el momento, así es.

—¿Te ha visto él a ti? ¿Te conoce?

—No. Sí.

—Ya. ¿Qué es este edificio? —preguntó, contemplando la siguiente fotografía.

—Una especie de… escuela militar. Ahí se está celebrando el juicio contra Helmut Siedl, el hombre que asegura no ser culpable de nada, que sólo Fritz Bierrenbach fue el instigador de los crímenes de guerra. Imposible entrar —añadió rápidamente, al captar el gesto de ella—. Completamente imposible.

—¿Incluso para ti?

—Para mí y para alguien cien veces mejor que yo. Olvídalo. Por ahí, jamás conseguirás llegar hasta Helmut Siedl.

—¿Hay algún otro medio de llegar hasta ese hombre?

—Me temo que no. Está confinado en esa escuela. Cada día se le permite pasear por el patio, pero eso es todo. No sale jamás, naturalmente. Y cuando pasea, va siempre acompañado de alguien, que supongo lo va acribillando a preguntas. Posiblemente, sea lo que los rusos consideran un abogado defensor y que, en definitiva, será sólo un… coordinador.

María Piamonte asintió con la cabeza y pasó a la siguiente fotografía. Por el momento, nada le iba llamando especialmente la atención. Pero, al contemplar la siguiente fotografía, parpadeó, y

luego miró vivamente a Angelo Tomasini.

—¿Es alemán? —musitó.

—Lo parece, ¿verdad? —aprobó Número Uno, contemplando también el rostro de aquel hombre—. Todas sus características faciales son las del clásico alemán, fuerte, cuadrado. Mira la siguiente fotografía.

Así lo hizo Baby. Y si el rostro contemplado anteriormente tenía rasgos germánicos, el actual aún los tenía más definidos. Hasta el punto de que, si realmente se pudiese pronosticar la nacionalidad de una persona por sus rasgos faciales, era imposible asignarles a aquellos dos hombres ninguna que no fuese la alemana.

—¿Otro alemán? —susurró.

Número Uno encogió los hombros.

—¿Qué edades les calculas? —preguntó a su vez.

—Unos sesenta años… Los dos. Es decir, la edad aproximada de Helmut Siedl, ¿no?

—Y más o menos, la que tendría tu padre. O la que tiene, si está vivo.

—¿Por qué tienes las fotografías de estos dos hombres? ¿Dónde las has conseguido?

—Las tengo porque me llamaron la atención… Esto te lo explicaré enseguida, pero antes te diré que las he obtenido delante de la escuela militar. Ellos han sido las únicas personas que, diariamente, como yo, han estado rondando por allí.

María Piamonte se quedó mirando agudamente a Angelo.

—¿Iban juntos?

—Has dejado de Ser una alumna torpe —elogió él, sonriendo secamente—. No. No iban juntos. Cada uno por su lado. A mí me pareció tan evidente que eran alemanes, que decidí seguir a uno de los dos. A éste —señaló al segundo—. No tardé mucho en obtener resultados. ¿Conoces el Parque Primorski?

—¿De Yalta? No.

—Es un lugar muy hermoso. Y hay un monumento al escritor A. P. Chejov. Bien, allí cerca de ese monumento, se encontraron hace dos noches estos dos hombres. Estuvieron hablando…

—¿En alemán?

—¿Cómo podría saberlo yo? Estaba demasiado lejos para oír nada…

—¿En alemán? —insistió ella, sonriendo.

—En alemán —afirmó Número Uno—. Efectivamente, pudo ver el movimiento de sus labios y juraría que hablaban en alemán. Y voy a ir más lejos: estoy seguro que pronunciaron varias veces el nombre de Helmut Siedl.

María Piamonte contempló aún con mayor interés las fotografías de los dos hombres.

—¿Qué más?

—Cada uno de ellos se fue luego a un hotel. Yo seguí al mismo que me había llevado hasta el Parque Primorski, así que anoté su hotel. A la mañana siguiente, esto es, ayer por la mañana, los fotografié a los dos y seguí al otro. También tomé nota de su hotel. He anotado ambas direcciones en el dorso de sus fotografías… Pero, además, se las enseñé a Uri y le dije que viese qué podía averiguar de esos dos hombres… ¿No quieres conocer a Uri?

María pasó a la siguiente y última fotografía, y sonrió al contemplar el rostro del amigo ruso de Número Uno. Un hombre de apenas treinta años, con el rostro lleno de pecas, cabellos cortos y tiesos, mirada sonriente, expresión abierta, alegre…

—Parece un *playboy* simpático —definió.

—Su nombre completo es Uri Sinov Evriuzhijin. Detrás está su número de teléfono, por si a mí me ocurriese algo… Uri es músico.

—¿Toca la balalaika? —sonrió María Piamonte.

—El violín.

—Oh… Mi amor: ¿cómo te las arreglas para dar siempre ese toque romántico a nuestros encuentros? Sabes muy bien que me encanta la música de violines. La nuestra especial, naturalmente —se apresuró a añadir.

—Podemos gozar de ella cuando esto termine —se apresuró él a intercalar.

—Según cómo termine, quizá yo no esté en buena disposición de ánimo para ninguna música —susurró María.

—¿Mi siquiera la nuestra?

Ella tomó una mano de él y la apretó suavemente.

—Dime qué averiguó Uri sobre estos dos hombres.

—No demasiado, aunque interesante en principio… Dos sujetos que simulan no conocerse, se encuentran luego en un lugar discreto; es decir, que se conocen. Parecen alemanes, hablan en alemán, y…

se llaman, según consta en el registro de su hotel, Ferenc Lozac y Milko Stefanis. Húngaros, claro.

—Bueno… También mi pasaporte y mi nombre actuales son italianos…, y yo no soy italiana. Has trabajado mucho —recapacitó —, pero me pregunto si esto nos conduce a alguna parte… Mejor dicho, me pregunto qué clase de enfoque darías tú a todos estos datos. ¿Crees que tienen algún significado?

—¿Quién dijo alguna vez que cuando intervienen los espías, todo tiene significado, por absurdo que parezca a simple vista?

—Yo —rió María.

—Bueno. Pues de momento, que yo sepa, estamos interviniendo tres espías… Y de cierta categoría: Paulov Metreveli, jefe departamental en Moscú de la MVD, la agente Baby, de la CIA y Número Uno, independiente.

—Es un buen trío —murmuró ella—. Y nuestra intervención tiene sentido, según yo entiendo. Veamos: Metreveli, como perteneciente a la MVD, está actuando dentro de toda lógica al… espiar este asunto. Tú también, ya que al leer el nombre de mi padre, comprendiste que me interesaría el juicio. Y yo, por lo dicho, porque se menciona a mi padre. La pregunta es: ¿qué interés tienen esos dos hombres que parecen alemanes pero que se llaman Stefanis y Lozac?

—Bueno, yo te he presentado el problema ya planteado; lo único que queda ahora es utilizar bien ese planteamiento… ¿Conoces a alguien que sepa meter sus naricitas en todas partes… y que a pesar de eso resulte una persona simpática?

* * *

—Su amiga es muy simpática —volvió a reír el coronel Leonid Okanov—. Habla pésimamente el ruso, pero es muy simpática… Y se la entiende bastante bien, a pesar de todo.

—Cuidado, coronel —advirtió Angelo Tomasini—. Ella habla mal el ruso, pero lo entiende muy bien, en general.

De nuevo rió Leonid Okanov. Era un hombre muy agradable, cordial, bondadoso, que no había tenido el menor inconveniente en lanzar toda una serie de elogios rusos hacia María Piamonte cuando, después de cenar. Angelo Tomasini se la había presentado

en el bar. Habían pasado un rato muy placentero los tres juntos, bebiendo vodka y conversando; los dos hombres, en perfecto ruso; ella, María, en una mezcla deliciosamente divertida de ruso e italiano, con predominio de este último, naturalmente.

—Ustedes dos son una pareja simpática —dijo maliciosamente Okanov, todavía riendo—. Por lo menos, me lo parecen a mí. Pero… ya conocen la seriedad de los hoteles rusos, señor Tomasini.

—¿Está usted hablando de moral?

—Bueno…

—Si le explico nuestro secreto, no lo va usted a creer, coronel.

—¿Por qué no? Usted parece un hombre sincero.

De buena gana, María Piamonte se habría echado a reír al oír esto. Realmente, Número Uno era de una sinceridad absoluta consigo mismo, un hombre moralmente íntegro…, pero de ahí, a ser sincero con un ruso, la diferencia era abismal.

—Pues bien —dijo el impávido espía—: María y yo somos marido y mujer. Estamos casados. Pero —se adelantó a la sorpresa de Okanov—, últimamente, las cosas iban un poco mal entre nosotros… Entonces, pensamos en empezar de nuevo, resistiéndonos a destruir nuestro amor. La idea fue de ella; ¿por qué no empezar como si nos conociésemos de nuevo? Y está dando resultado, coronel.

—Es la historia de amor más extraña que he oído —rió de nuevo el ruso—. Mas, ciertamente, ustedes forman una pareja extraordinaria; no me imagino a ninguno de ustedes dos casados con ninguna otra persona. Y ahora, van a perdonarme, pero debo ir a descansar.

—¿Espera vencer mañana a Angelo al tenis? —preguntó en su deficiente ruso María Piamonte.

—Pues… no. No precisamente. Mañana no podré jugar, señor Tomasini.

—¿Se encuentra usted mal? —se interesó Uno.

—No, no… La verdad es que estoy en Yalta trabajando. Esta mañana hemos tenido un pequeño descanso, pero lo bueno termina enseguida; volveré a estar ocupado por las mañanas. Si le parece bien, jugaremos por la tarde, como veníamos haciendo hasta ahora.

—A su comodidad, naturalmente.

—Gracias —Okanov se puso en pie, mirándolos atentamente,

con levísimo parpadeo como de perplejidad—. Son ustedes muy amables. Es un placer tratar con personas de su clase. Buenas noches, señor Tomasini. Señorita Piamonte…

—Que descanse, coronel.

Éste se retiró, y los dos quedaron silenciosos. Por fin, María musitó:

—De modo que mañana reanudan el juicio… ¿Qué hacemos?

—¿Ahora o mañana? —susurró él.

—Mañana —bajó ella los párpados—. Ahora quisiera ir yo también a descansar.

—Será lo mejor —aceptó él—. En cuanto a mañana, creo que lo único que podemos hacer, aparentemente, es dedicarnos a vigilar a esos dos sujetos que parecen alemanes y que utilizan nombres húngaros.

—Lo que tú digas —ella se puso en pie, y él la imitó—. Buenas noches, mi amor.

—Buenas noches.

María Piamonte se retiró también y Angelo Tomasini volvió a sentarse. Encendió un cigarrillo y quedó pensativo. Realmente, aparte de que no convenía correr el riesgo de dar un pequeño escándalo en un hotel ruso, tenía que comprender el estado de ánimo de Brigitte: la perspectiva de tener un padre que había cometido más de cinco mil crímenes, podía desmoralizar a cualquiera.

* * *

Y en efecto, Brigitte estaba desmoralizada; pero aun así, tenía sus propias ideas. Sin desvalorizar en modo alguno las iniciativas de Número Uno, pensaba que podía intentar conseguir algo por su propia cuenta. Algo que ya, inmediatamente, la pudiese tranquilizar respecto a la culpabilidad o inocencia de Fritz Bierrenbach en aquel espantoso asunto.

¿Acaso no podía ser que Okanov cediese amablemente a algunas preguntas que ella le haría… si el ambiente se mostraba propicio? De no ser así, buscaría otro método. Pero… ¿por qué no intentar el que había pensado?

Por eso, cuando Okanov abrió la puerta de su habitación, y se

quedó mirándola estupefacto, ella sonrió dulcemente. Llevaba solamente un salto de cama, vaporoso y casi transparente. Lo bastante para que se apreciasen sus bellísimas formas, el contorno nítido de su espléndido cuerpo.

—¡Hola! —sonrió ingenuamente—. ¿Puedo pasar, coronel?

—Bueno —casi tartamudeó el ruso—. Pues no sé… Quiero decir que…

—Quería pedirle un favor, coronel. Es cuestión de un par de minutos.

—Bueno… Vaya, está bien —Okanov tragó saliva—. Sí, pase usted, por favor.

—Gracias.

Brigitte entró en la habitación, cuya puerta dejó abierta el coronel ruso. Pero ella, sonriendo, la cerró y señaló hacia la cama.

—Espero que no le importe que la use, coronel.

—¿El qué?

—La cama.

—Señorita Piamonte…

Brigitte, es decir, María Piamonte, mostró el pequeño frasco de cristal que hasta entonces había tenido oculto en una mano.

—Iba a subir a pedírselo a Angelo, pero me temo que está muy cansado, así que he preferido no molestarlo. Además, usted está más cerca… ¡Oh! ¡Pero quizá le estoy molestando a usted por no querer molestar a Angelo!

—¿De qué se trata? —se interesó Okanov—. Y no me molesta, desde luego… ¿Qué puedo hacer por usted?

—Darme un pequeño masaje. Es en la espalda. Hace días que tengo un dolor extraño, y un médico de Roma me recetó esto —volvió a mostrar la botellita—. ¿Sería tan amable de aplicarme este linimento en la espalda?

Okanov parecía que no conseguía salir de su asombro, pero acabó asintiendo.

—Créame que lo haré con mucho gusto, señorita Piamonte.

—¡Menos mal…! Bien, vamos allá. Cuanto antes terminemos, antes dejaré de molestarle.

Con toda naturalidad, María Piamonte se quitó el salto de cama, quedando completamente desnuda delante de Okanov, que estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva. Ella le puso la botellita

en una mano, y fue a tenderse en la cama, boca abajo. La belleza de sus formas dorsales era tal que Okanov estaba temiendo quedarse sin aliento definitivamente de un momento a otro. Ella volvió la cabeza y alzó las cejas al verlo inmóvil, como un pasmarote.

—Vamos, coronel… ¡No me diga que está impresionado! Ya ve que yo he confiado en usted… Además, ¿acaso da usted importancia a una mujer desnuda?

Okanov se acercó, sin acertar a pronunciar palabra. Vertió unas gotitas del linimento…, que por cierto olía estupendamente a perfume del más refinado y elegante de París, y puso una mano sobre la carne…, que le pareció auténtica seda.

—Ahí… ahí… —suspiró María Piamonte—. ¡Oh, creo que empieza a sentir ya el alivio! Siga, por favor… Y un poco más abajo, hacia la región lumbar… Más abajo, más abajo…

Okanov notó como un estallido de sangre en su cabeza. Por un instante, estuvo tentado de saltar sobre la muchacha, pero cerró los ojos, aspiró hondo en silencio, y continuó masajeando aquel cuerpo que le parecía el más bello y mórbido del mundo…, en lo que no iba muy desencaminado.

—¿Todavía más? —musitó.

—No… Creo que ya está bien… Sí, me siento mucho mejor, de veras. ¡Es maravilloso!

—Me alegro… de que se sienta mejor.

María se dio la vuelta, quedando ofrecida en toda su espléndida belleza a la mirada del ruso.

—¡Qué descanso…! Espero de verdad no haberle molestado.

—No… De ninguna manera.

—Menos mal… ¿Cómo podría agradecerle este favor, coronel?

Estiró los brazos hacia arriba. Sus senos parecieron hincharse, se alzaron… Aquél era el momento: o entonces o nunca. Si conducía al coronel a la cama, podría hacer lo que quisiera de él, sin necesidad de llegar a momentos extremos siquiera. Lo sabía. Podría preguntarle todo cuanto quisiera, saberlo todo, no entregarse a fin de cuentas y marcharse tranquilamente, defraudada respecto a la integridad del coronel soviético.

Quedó defraudada, pero fue en otro sentido, cuando oyó a Okanov:

—Me siento suficientemente recompensado al saber que ya se

encuentra bien, señorita Piamonte.

—Es usted muy amable —María se sentó en la cama, sabiendo, al menos, que allá tenía un hombre de gran integridad—. Espero que, al salir, no me vea nadie.

—Esperemos que sea así… Su linimento huele muy bien.

—Es especial. Bien, coronel, gracias de nuevo y… buenas noches.

Okanov alcanzó el salto de cama de ella y se lo tendió.

—Buenas noches, señorita Piamonte. Que descanse.

—Gracias de nuevo. Hasta mañana.

Capítulo III

Hacia las diez de la mañana, apareció el primero de los alemanes rondando la escuela militar. Dentro del «Povieda» del Número Uno, éste y Baby lo vieron aparecer, calmosamente, y cambiaron una mirada.

—Hoy viene más tarde —dijo él, tras mirar su reloj.

—Y el otro no aparece. ¿No te parece que pueden haberse repartido las actividades, por fin?

—Es muy posible —reflexionó Angelo Tomasini—. No te muevas del coche.

—¿Adónde vas?

—En busca de un teléfono para decirle a Uri que se dé una vuelta por el hotel del otro, a ver qué pasa.

Salió del coche y María se quedó mirando al llamado Ferenc Lozac. Desde luego, no podía tener un aspecto más decididamente germánico, pero, claro, el aspecto de una persona no es nada definitivo. Le vio llegar al extremo de la escuela militar, desaparecer por allí, y estuvo tentada de ir tras él con el coche… Pero de pronto sonrió y miró su relojito.

—Volveré a verte dentro de siete minutos —calculó.

* * *

Se equivocó en uno. A los ocho minutos, Ferenc Lozac apareció por el otro lado de la escuela militar, después de haberla rodeado completamente, una vez más, según las explicaciones que le había dado Número Uno. Sin lugar a la menor duda, aquel hombre estaba tramando algo. Y, decididamente, era alemán. Un húngaro no tenía nada que hacer allí, interesándose por aquel asunto. En cambio, un alemán podía tener mil motivos…

Número Uno apareció de pronto y se sentó ante el volante, mirando hacia Ferenc Lozac.

—¿Ha dado la vuelta? —preguntó.

—Si. Parece como si estuvieran buscando a toda costa una forma de entrar ahí.

—Oh, entrar es fácil.

—Pero tú me dijiste ayer que…

—Entrar es fácil. Al menos, relativamente. Lo difícil sería salir, después de haber hecho algo.

—Entiendo. ¿Has conseguido comunicar con Uri?

—Sí. Ya debe estar vigilando al otro… Supongo que esto es muy aburrido para ti.

—¿Para ti no? —rió María.

—En cierto modo. Pero a medida que pasa el tiempo, voy convenciéndome de que la actividad mental de un espía es básica.

—¿Ya no te gusta la acción? —se sorprendió ella.

—Ni me gusta, ni me disgusta. Si tengo que matar a alguien, lo hago. Si hay que correr, corro. Pero últimamente, estoy ganando todas mis pequeñas batallas con el cerebro, no con las armas.

—¿Tienes mucho trabajo?

—Ya sabes que tengo más del que quiero. Estas últimas semanas vengo despreciando pequeños asuntos, a pesar de que ofrecen buenos precios. Sólo acepto lo que me gusta.

—Lo cual es estar en la cumbre del éxito. Si te sobra dinero, yo podría decirte cómo emplear una parte de él.

—¿Necesitas algo? —La miró casi sobresaltado Número Uno.

—No —ella le tomó una mano y se la llevó a los labios—. De ti, sólo te necesito a ti mismo.

Angelo Tomasini se quedó mirándola fijamente. Luego miró hacia el hombre llamado Ferenc Lozac y quedó silencioso, casi sombrío. No contestó nada entonces ni durante las tres horas siguientes, durante las cuales tampoco María Piamonte pronunció una sola palabra. Hacía tiempo que no tenían necesidad de charlar para sentirse uno en compañía del otro.

Al cabo de tres horas, la mirada de Angelo Tomasini se avivó porque ella, naturalmente, se había dado cuenta también: el coronel Okanov salía de la escuela militar, acompañado de otros oficiales rusos. Los vieron subir a unos coches y alejarse. Luego, a la vez, los

dos miraron hacia los coches de los militares soviéticos. Por fin, Lozac dirigió una última mirada a los muros de la escuela militar, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—Algo está pasando —murmuró Angelo—. La sesión ha terminado muy pronto.

—Es más de la una —recordó María.

—Los otros días salían casi a las cuatro; almorzaban ahí dentro, evidentemente. Yo diría que las cosas se están precipitando.

—Eso debe saberlo muy bien el coronel Okanov, ¿verdad?

Él la miró y movió negativamente la cabeza.

—Es muy arriesgado. Okanov es, o parece, una excelente persona, pero no puede ser tonto.

—He sonsacado a otros más listos que él.

—No sé… Estamos en Rusia, no lo olvides.

—¿Crees que a los rusos no les gusta conversar con una bella muchacha?

—Bien, inténtalo, pero…

—Intentaré hacerlo tan bien como si tuviese más de diez años de experiencia en espionaje —sonrió ella, dulcemente.

Angelo Tomasini soltó un gruñido y puso el coche en marcha. Partieron detrás de Ferenc Lozac, el cual, a pie, llegó a su hotel, entró y eso fue todo.

—Me gustaría saber dónde está el otro —recapacitó Angelo.

—Uri te lo dirá, ¿no? Volvamos al hotel. Quizá tengamos la oportunidad de almorzar con el coronel Okanov.

El coronel Okanov estaba evidentemente muy fatigado, pero se mostró encantado por la compañía de la formidable pareja de italianos. Ofreció una silla a María Piamonte, muy cortés, y señaló otra a Angelo Tomasini.

—Casi estamos solos en el comedor —señaló a su alrededor; sólo había otro matrimonio almorzando tardíamente—. Así que sería absurdo estar gritándonos de una mesa a otra. ¿Han pasado una mañana agradable?

—Regular nada más —dijo Angelo—. Queríamos ir al Monte Darsan a almorzar, pero desistimos de ello.

—Es un hermoso lugar. Deberían ir. Por otra parte, si vuelve a sucederles que no tienen ganas de moverse demasiado, hay en Yalta sitios encantadores… Hay uno, especialmente, que le encantaría a

la señorita Piamonte.

—¿Cuál es? —preguntó ella.

—El Parque Primorski, por ejemplo.

—Ah. Sí, ya lo conocemos.

—¿Han visto el jardín botánico de Nikitsk?

—No… No.

—Está a unos ocho kilómetros de aquí, pero es algo absolutamente fuera de serie. El mejor del mundo en su estilo. Hay más de doce mil especies de plantas, cedros del Líbano, bambú de Vietnam y yo qué sé cuántas cosas más… Aparte de las rosas; hay más de seis mil seiscientas especies de rosas.

—¡Oh! —exclamó María—. ¡Las rosas me encantan!

—Pues en Nikitsk encontraría tantas que acabará por no poder opinar cuál es la más hermosa. Naturalmente, las variedades rusas son las más…

Se calló, pues el camarero que se había acercado a ellos musitó unas palabras inclinándose hacia Angelo Tomasini. Éste volvió la cabeza vivamente, asintió y se puso en pie.

—¿Me perdonan un minuto? Parece que tengo un recado en conserjería.

Okanov hizo un gesto de amable aquiescencia con una mano y María Piamonte sonrió. El ruso se quedó mirando a Angelo Tomasini, mientras se alejaba y, cuando salió del comedor, miró a María, que a su vez le contemplaba afablemente.

—¿Realmente están casados? —preguntó.

—No. Es una broma de Angelo. La verdad es que yo sí que estoy casada, y él es mi amante. Pero en Roma, mi marido y nuestras amistades se estaban dando cuenta de lo nuestro, así que decidimos encontrarnos unos días aquí, aprovechando el viaje de mi marido a Nueva York.

El coronel soviético se echó a reír.

—Ustedes dos son verdaderamente interesantes. El señor Tomasini es…, ¿cómo diría yo?, un hombre muy peculiar; quiero decir que he notado que todas las mujeres del hotel se vuelven a mirarle a la menor oportunidad. En cuanto a usted, pues… ¿qué podría decir un hombre tan torpe como yo?

—Cualquier halago me sentará muy bien —sonrió María.

De nuevo rió Okanov.

—Temo que no soy un experto en eso. Sólo se me ocurre decir que es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—No está mal —rieron los dos—. Y, dígame, coronel; ¿en qué es usted experto?

—¿Cómo?

—La pregunta es, ¿a qué se dedica?

—Pues… soy militar, naturalmente.

—Evidentemente. Pero hay muchas clases de militares. ¿A cuál pertenece usted? ¿Es un militar… teórico, o activo, o pertenece al servicio de inteligencia, o al de Comunicaciones, o…? Más claro todavía, ¿a qué se está dedicando usted ahora?

Leonid Okanov se quedó parpadeando, como si no hubiese entendido bien. Estaba, sencillamente, estupefacto.

—¿Ahora? —musitó.

—Sí, sí, ahora, en estos días. Parece usted tan cansado que se diría que viene del campo de batalla.

—Pues… no, claro. No hay guerra, que yo sepa.

—Siempre hay guerra, de un modo u otro. A veces las que ya se consideraban terminadas, resurgen de pronto, de un modo… horrible. Y a propósito de esto: si no recuerdo mal, Angelo me habló hace unos días de cierto juicio contra un alemán por crímenes de guerra en el Cáucaso… Un comandante de las SS, acusado de cosas horribles, al que están juzgando en Moscú.

—En Yalta —deslizó suavemente Okanov.

—Ah… ¿En Yalta? ¿Aquí? ¿De veras? Me pareció que Angelo me decía que era en Moscú… ¿O dijo que la noticia se había difundido en Moscú…? —De pronto, María Piamonte abrió mucho los ojos, como sobresaltada por una súbita idea—: ¡Coronel! ¿No será usted uno de los militares rusos que están juzgando a ese alemán…?

Leonid Okanov entornó ligerísimamente los párpados.

—Digamos —dijo reposadamente— que sigo el juicio con interés.

—Oh… ¿Y qué van a hacerle a ese alemán? ¿Lo van a… ahorcar?

—En Rusia fusilamos, señorita Piamonte.

—¿Lo van a fusilar, entonces?

—No lo sé.

—A lo mejor, ese pobre hombre no es culpable de nada.

—A lo mejor.

—¿Y qué opina usted sobre eso? ¿Le parece culpable o inocente?

—Yo no soy quien le juzga; no puedo saberlo.

—Pero usted tendrá una opinión personal, supongo.

—Las opiniones personales, en un juicio militar… y en cualquier clase de juicio, no sólo no sirven de nada, sino que son censurables. Los hechos demostrados son los que cuentan.

—Me parece admirable ese modo de proceder… ¿Y cuáles son esos hechos?

—Usted los ha mencionado: crímenes de guerra.

—Sí, pero…, ¿qué clase de crímenes?

—Por ejemplo, el asesinato de miles de personas.

María abrió mucho los ojos, aterrada.

—¿Miles de personas? —exclamó—. ¿Me está diciendo que un solo hombre ha asesinado a miles de personas?

—No exactamente. Digamos que ese hombre planeó esas muertes de personas civiles: ancianos, niños y mujeres.

—Pero no los mató él.

—Lógicamente, no. No, al menos, a todas.

—Sin embargo, le condenarán por cinco mil muertos.

—Lo mismo se condena por un crimen que por cinco mil.

—Entonces…, ¿le han condenado ya a muerte?

—Se le está interrogando, porque parece que hay cierta controversia respecto a la identidad del… cerebro que planeó esos asesinatos civiles…

—¿Una controversia? Espere… Oh, sí, creo recordar algo sobre un tal Fritz Benwack que…

—Bierrenbach. Fritz Bierrenbach.

—Sí…, sí, eso es. Angelo dijo algo respecto a ese hombre… Me estoy haciendo un lío… ¿Ese Bierrenbach es el que tienen ahora sometido a juicio?

—No. Fritz Bierrenbach no ha sido hallado. El que se está juzgando se llama Helmut Siedl.

—¿Ése es el que han condenado a muerte?

—No, porque…

Leonid Okanov se calló de pronto y se mordió los labios. María Piamonte desvió la mirada, como indiferente a la conversación, y luego le volvió a mirar cómo sorprendida del súbito silencio.

—Siga, siga, coronel; le escucho.

—Francamente, señorita Piamonte, preferiría no seguir conversando sobre esto. Estoy cansado y triste; yo soy del Cáucaso, y toda la cuestión me está afectando profundamente.

—¿Es usted del Cáucaso? En ese caso, quizá… ¡Oh, por Dios, no me diga que algún familiar de usted fue… fue…!

De pronto, Leonid Okanov pareció mucho más cansado, y la palidez se percibió claramente en su rostro grande y recio. Fue una de las pocas ocasiones en que la agente Baby se quedó indecisa, sin saber qué hacer o qué decir…

La oportuna llegada de Angelo Tomasini resolvió la situación. Se sentó, miró a Okanov, dirigió una centelleante mirada a María y comentó, como quien no se ha dado cuenta de nada:

—Tendremos una estupenda tarde para el tenis… Creo…

Okanov se puso de pronto en pie.

—Perdóneme —musitó—, pero creo que es mejor que vaya a descansar.

—¿No almuerza usted?

—No… No. De pronto, no tengo apetito. Supongo que es el cansancio. Con permiso.

—¿Dejamos la partida para mañana, coronel? —preguntó cordialmente Angelo.

—No, no. Espero estar bien dentro de un par de horas de descanso. Si no fuese así, se lo haría saber, señor Tomasini… Hasta luego.

—Hasta luego, coronel —esperó a que se alejara lo suficiente y miró a María—. ¿Qué ha ocurrido? Estaba pálido como un muerto.

—Al parecer, el bondadoso coronel Okanov fue uno de los afectados por los crímenes de guerra que se están juzgando. No puede estar más claro que algunos miembros de su familia estuvieron entre las víctimas… Y en tales circunstancias, no me parece justo que el coronel Okanov haya sido seleccionado para formar parte del tribunal.

—Justo… ¿para quién?

—Para Helmut Siedl. Me pregunto si los demás militares que componen el tribunal serán también de los que durante la guerra perdieron seres queridos en esa matanza.

—Es muy posible que sea así.

—Pues no me parece un tribunal adecuado.

Angelo Tomasini se encogió de hombros.

—Presiento que has interrogado a Okanov. ¿Le has sacado algo?

—Solamente que Helmut Siedl no ha sido condenado a muerte. Y me ha costado. Es un hueso muy duro de roer ese viejo soldado. Por lo demás, no ha dicho nada que no pudiéramos saber leyendo el periódico. Nada que yo no supiese ya.

—¿Se ha dado él cuenta de tu interrogatorio?

—Me parece que sí.

—Sería mejor que te marchases de Rusia ahora mismo.

—No pienso hacerlo… ¿Qué recado tenías en conserjería?

—Escucha, tú misma acabas de decir, y lo has dicho muchas veces, que cuando un espía se siente directamente afectado por un hecho, lo mejor es que no intervenga en la cuestión, pues sus facultades no son las mismas, no ve las cosas con la necesaria frialdad. Te está ocurriendo a ti. Márchate. Yo terminaré esto.

—No. ¿Qué recado tenías?

—Uri me estaba esperando.

—¿Ha venido aquí, al hotel? ¿Qué ha ocurrido?

—Necesitaba dinero, porque sabía que yo le encargaría que alquilase o comprase una lancha.

—¿Para qué queremos una lancha?

—Para pasear por el mar.

De pronto, María sonrió.

—De acuerdo. Explícamelo desde el principio.

—Uri estuvo esperando a que Milko Stefanis saliese de su hotel. Le vio subir a un coche… No había nadie en el coche. Al parecer, ha dispuesto de él en todo momento, pero no lo ha utilizado. El caso es que salió de Yalta… Fueron cerca, a Gursuf; unos pocos kilómetros hacia el Norte. Allá, Milko Stefanis detuvo el coche cerca del embarcadero y subió a un yate anclado junto al muro. El yate lleva el nombre de *Atenas*, y su pabellón, naturalmente, es griego…

—¡Ahora los griegos…! Pero, ¿qué está pasando aquí? Claro que… un yate griego no significa que sus ocupantes sean griegos…

—Ah —desarrugó el ceño Angelo—. Ya me extrañaba que te precipitases tanto. Bien, el caso es que el pabellón de ese yate es griego y su nombre *Atenas*. Milko Stefanis estuvo a bordo durante casi dos horas. Al cabo de ese tiempo desembarcó, subió de nuevo

al coche y regresó a Yalta. Ahora está en su hotel. Uri nos va a conseguir una lancha, y quizá demos un… paseo hasta Gursuf; si los demás tienen vehículo acuático, nosotros no podemos privarnos de él.

María asintió con la cabeza.

—¿Vio Uri a alguien del yate?

—Sí. Un hombre salió a cubierta acompañando a Stefanis, cuando éste se marchaba. Uri dice que tiene el cabello casi completamente blanco, que es apuesto, de porte noble, aspecto inteligente. Le ha calculado algo más de sesenta años.

—Es curioso… ¿Te has dado cuenta?

—Si te refieres a que las edades de todos los que intervienen o son nombrados en este asunto han rebasado los sesenta años, sí, me he dado cuenta. Los vencedores no perdonarán a los vencidos todo lo malo que hicieron. Es como si el juicio de Nüremberg jamás fuese a terminar… Brigitte, por favor, márchate.

—De ninguna manera quisiera perderme tu partida de tenis con el coronel Okanov. Ese ruso me cae bien. ¿No podrías dejarte ganar aunque sólo sea una vez?

—No tengo por qué hacer concesiones a nadie.

—¿Ni siquiera a mí? El pobre coronel es más viejo que tú, tiene lógicamente menos energías físicas…

—Que se dedique al ajedrez.

—No es mala idea… Aunque los rusos están teniendo, por el momento, una mala racha en ajedrez. De todos modos, mi amor, creo que eres demasiado implacable.

—Si nunca pido nada, no tengo por qué dar nada.

María Piamonte sonrió dulcemente y tomó entre las suyas una mano de Angelo Tomasini por encima de la mesa.

—Bajo ese petrificado corazón —dijo alegremente—, yo sé que siempre hay cosas buenas en ti. Eres… como una tortuga, y supongo que por eso bautizaste con ese nombre tu villa de Malta.

—No eres muy amable al compararme con una tortuga.

—Durísima por fuera —rió María—. Pero tierna por dentro. Vamos, vamos, mi amor, a mí no podrás engañarme nunca. Nunca. Hoy el coronel Okanov va a tener, al menos, una alegría.

—¿Y no hay ninguna alegría para mi petrificado corazón? —susurró Uno.

—Si depende de mí, todas las alegrías que quieras, mi amor.

—Entonces, vamos a hacer nosotros la siesta también; tengo que descansar antes del partido.

Brigitte abrió mucho los ojos.

—¿Realmente piensas descansar? —exclamó.

—Por supuesto. Nunca descanso mejor que cuando lo hago en tus brazos…, después de recibir de ti lo que quieres darme.

—Yo siempre te lo doy todo —suspiró ella—. Y tú lo sabes muy bien. Subamos, mi amor. Vamos a descansar los dos el uno en brazos del otro.

Capítulo IV

—¡Estupendo, coronel! —Aplaudió María Piamonte—. ¡La partida es suya!

Leonid Okanov aceptó la toalla que le tendía la entusiasmada María y, mientras se enjugaba el sudor, la miró dubitativo.

—¿Usted cree? —jadeó—. Yo opino que ha sido no poca casualidad ganarle este set al señor Tomasini.

—¡Nada de casualidades! —protestó ella—. Lo que ocurre es que le ha engañado usted bien… ¿No es cierto, Angelo?

—Yo creo que ha sido suerte —refunfuñó Angelo, secándose el sudor también con una toalla—. Y espero demostrarlo en el segundo set.

—Si me gana el segundo, estoy listo —aseguró Okanov—. No podré resistir el tercer set de desempate. Francamente, la diferencia física entre ambos es abrumadora, señorita Piamonte.

—Hagamos un trato —sonrió ella—; yo le digo el modo de ganarle la partida a Angelo, y usted nos invita esta noche a caviar. Naturalmente, caviar de verdad, no huevas de lumpus y cosas así.

—¡Aceptado! —rió Okanov.

—Venga, le diré cómo debe jugarle las pelotas bajas —rió también María.

—No eres demasiado leal, que digamos —masculló Angelo.

María se llevó aparte a Okanov y estuvo susurrándole algunas indicaciones. Okanov la miró sorprendido, pero ella insistió con gestos y el ruso acabó por aceptar, encogiendo los hombros. Los dos hombres volvieron a la cancha, y María Piamonte se sentó en la grada más cercana.

—Servicio, Angelo —cantó.

Angelo Tomasini lanzó la pelota hacia arriba, dejó que bajase un poco y soltó un raquetazo que envió la pelota como una bala a un ángulo del cuadro de recepción; el coronel Okanov quedó como

clavado al suelo y luego miró consternado a María, que le hizo gestos de que no se preocupase, mientras cantaba:

—Quince a cero.

—¿Le molesta que me siente a su lado? —Oyó una voz amable a su derecha—. Me gusta comentar las jugadas.

La espía internacional volvió la cabeza, sonriendo…, y su sonrisa no se alteró en lo más mínimo al reconocer al hombre: Paulov Metreveli, uno de los jefes departamentales de la MVD; el hombre cuya fotografía le había mostrado Número Uno. Por supuesto, la presencia allí de Metreveli significaba, cuando menos, dos cosas. Una, que ya había visto a Número Uno y, naturalmente, le había reconocido. Dos, que el coronel Okanov, inquieto por el interrogatorio a que ella le había sometido, había telefoneado a Metreveli, poniéndole al corriente de la presencia en el hotel Oreanda de tan peculiar pareja de italianos…

—A mí también me gusta comentarlas —asintió María—. Sí, por favor, siéntese.

—Muchas gracias —Metreveli, alto, macizo, fuerte, de mirada reposada y profunda, se sentó y señaló hacia la pista—. ¿Cómo va eso?

—El primer set lo ha ganado el coronel Okanov. Ahora están… ¡Muy bien, coronel…!

Quince iguales… Supongo —miró directamente al espía ruso— que conoce usted al coronel Okanov.

—Desde luego. Somos buenos amigos desde hace años. Precisamente he venido al hotel personalmente porque tengo algo importante que comunicarle. Pero esperará. Es importante, más no urgente.

La agente Baby sintió ganas de reír. ¿Qué esperaba Metreveli? ¿Que ella le preguntase qué cosa tan importante tenía que comunicarle a Okanov? ¡Vamos…!

—¡Quince a treinta! —Aplaudió una jugada de Okanov—. ¿Juega usted al tenis, señor…?

—No tan frecuentemente como quisiera. Metreveli —añadió en rápida presentación—. Paulov Metreveli.

María Piamonte puso cara de asombro mientras, siempre con ganas de reír, pensaba que la presentación del ruso era lógica, ya que éste tenía que saber que si ella estaba con el famoso Número

Uno, por fuerza sabía ya quién era él.

—¿Metreveli? —exclamó.

—Sí —rió éste—. Pero, ciertamente, no soy el gran jugador de nuestro país, señorita…

—María Piamonte… ¡Treinta iguales! —cantó—. ¡Animo, coronel!

—Parece que usted desea que gane el coronel.

—¿Y por qué no? Es un hombre muy simpático.

—Eso es cierto —admitió Metreveli—. Pero me da la impresión de que la pareja… digamos habitual de usted es el otro jugador.

—Así es. Pero ya le ha ganado demasiadas veces al pobre coronel.

—Bueno, es natural. Ese hombre es… un fuera de serie, ¿no está de acuerdo?

—Completamente de acuerdo —le miró ella, divertida cada vez más—. Angelo es siempre un fuera de serie en todas las cosas.

—Yo diría que sus proporciones físicas resultan incluso impresionantes… No es un hombre al que se pueda olvidar fácilmente.

—Dígamelo a mí —soltó por fin su risa María—, que lo he seguido a Yalta desde Roma… ¡Treinta a cuarenta!

—Perdón —deslizó suavemente Metreveli—. Temo que se ha distraído del juego, que ha sido ya ganado por el coronel. Ahora, hay cambio de servicio.

—Oh… Bueno, creo que será mejor que vayan llevando ellos mismos la cuenta de sus jugadas. No se pueden hacer comentarios y contar a la vez. Aunque… usted lo ha conseguido.

—No es gran mérito… Usted es italiana, claro.

—Italianísima. Quiero decir…

—La he entendido —rió él—. Yo he estado en Italia algunas veces. Es un bonito país, así que el hecho de que ustedes hayan venido aquí de vacaciones, es muy alentador para nuestras pobres instalaciones turísticas del Mar Negro… Aunque quizá no hayan venido de vacaciones.

—Sí, sí, de vacaciones.

—¿Por mucho tiempo?

—Angelo lo decidirá.

—Ah, claro. ¿Residen ustedes en Roma, quizá?

—Precisamente en Roma.

—Es una hermosa ciudad, que conozco bastante bien. Seguramente, habré estado muchas veces cerca del domicilio de ustedes. ¿Me equivoco si digo que viven por Villa Borghese?

—Me parece que se está confundiendo usted, señor Metreveli. Angelo y yo no vivimos juntos. Ni siquiera estamos casados.

—Oh… Bueno, quizá he sido indiscreto… Perdón. Pero me pareció… Perdóneme. Los rusos quizá somos demasiado directos en preguntas que, en realidad, sólo pretenden ser amables.

Baby tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no soltar la carcajada.

—Conozco bien a los rusos, señor Metreveli, de modo que no se preocupe; no me ha molestado.

—¿Ha estado otras veces en Rusia?

—Algunas.

—Sí… Es evidente. Aunque mezcla usted el italiano y el ruso, se nota que conoce bastante bien nuestro idioma. Cosa nada fácil para los latinos. Las dificultades empiezan ya cuando se trata de conocer los caracteres de nuestra escritura, tan diferentes.

—Desconcertantes.

—Sí, claro… ¿Escribe usted algo el ruso?

—No he llegado a tanto.

—Ya. Entonces, digamos que no lo ha aprendido en una… academia, sino directamente.

—Exacto —mintió María, sonriendo al recordar las duras clases del idioma ruso en la Central de la CIA, años atrás.

—Eso me encanta, porque significa que ha venido muchas, muchas veces a Rusia. Y si ha vuelto tantas veces, es porque le gusta.

—Me encanta Rusia.

—Gracias, muy amable. ¿Tiene usted amigos rusos, seguramente?

—Ocasionales. Como, por ejemplo, ahora mismo usted y el coronel Okanov… Es decir, si no le molesta que le considere como un amigo, señor Metreveli.

—¡Por el contrario…! Hay gente que piensa que los rusos somos gente poco sociable, pero la verdad es todo lo contrario. Nos encantan los buenos amigos. También hay quien piensa que somos

hoscos y difíciles de tratar…, y en realidad, no hay cosa más fácil que contentar a un ruso.

—Así debe ser, efectivamente, en un país en el que todo es de todos.

—¡Ah! ¿Es usted… afecta al comunismo?

—Pues… no demasiado, la verdad, señor Metreveli. Opino que todos tienen derecho a todo, pero… algunos tienen derecho a un poco más.

—¿Y eso por qué?

—Por ejemplo…, ¿a qué se dedica usted?

—¿Yo? —Respingó Metreveli.

—Sí, sí, usted… Es para poner un ejemplo.

—Bien… Digamos que soy funcionario estatal.

—¿Qué clase de funcionario?

—Emmm… Bien, de actividades privadas.

—¿Privadas? ¿Y eso qué quiere decir?

Paulov Metreveli se pasó un dedo por el cuello de la camisa, ensanchándolo. Así estaban las cosas: primero preguntaba él, después preguntaba ella… De pronto, el ruso sonrió ampliamente.

—Trabajo en la MVD —dijo mirando hacia Número Uno—. Esto es, en el servicio de espionaje de mi país, señorita Piamonte.

—¿Qué me dice? —sonrió ella—. Oh, vamos… ¿Es usted un espía?

—Sí. Uno de tantos espías de los que hay actualmente en Yalta.

—Santo cielo… ¿Quiere decir que hay muchos espías en Yalta ahora, en estos momentos…, y que pueden estar cerca de nosotros?

—Es muy posible. ¿Conoce usted algo de espionaje?

—¿Yo? —Se sobresaltó la mejor espía del mundo—. ¡Claro que no!

—Es un trabajo muy duro —Metreveli volvió a mirar hacia Angelo Tomasini—. Claro que hay muchas clases de espías, pero, en general, para ser espía…, un buen espía, quiero decir, se requieren ciertas condiciones físicas y mentales… y morales de gran excepción. Por ejemplo, si usted fuese una espía vulgar, estaría ahora pálida, asustada, nerviosa… Yo lo habría notado enseguida.

—Pe… pero… usted… ¿ha notado algo que…?

—No, no. Nada.

—Ah… Sería terrible, porque jamás en la vida se me había

ocurrido dedicarme al espionaje. Me suena a… a cosa siniestra, perversa, taimada… Espero, señor Metreveli, que esté usted convencido de que no soy una espía, ya que mi reacción, que ahora comprendo ha querido usted provocar, no lo ha indicado así.

Paulov Metreveli sonrió amabilísimamente.

—En efecto. De ninguna manera podría yo pensar que es usted una espía. Al menos vulgar.

—¿Qué quiere decir?

—Que su reacción, lo mismo puede corresponder a una persona que no es espía…, que a una espía excelente, bien preparada mentalmente para afrontarlo todo.

—¡Pero…!

Metreveli alzó una mano.

—Por favor, ya hemos quedado en que usted no es una espía. Pero, veamos: ¿cree que su amigo Angelo sí puede serlo?

—¿Angelo? ¡Claro que no!

—Entonces, estupendo —la sonrisa de Metreveli fue ahora como la que podría conseguirse de un rostro de yeso—. Estoy seguro de que si se dedican durante su permanencia en Rusia a contemplar todo lo bello que podemos ofrecerle, regresarán muy contentos a Italia. Y si… Oh, perdón: creo que me llaman. ¿Me permite?

Señaló hacia la izquierda de María y un poco atrás. Ella volvió la cabeza y vio a los dos hombres de pie en la última grada de la pista central del club de tenis, inmóviles, inexpresivos. Era como si estuviesen informando a gritos que eran dos agentes de la MVD.

—Sí, naturalmente —susurró María.

—Es muy posible que tenga que marcharme ahora mismo, así que no le diga nada al coronel sobre mi recado importante. Podría usted inquietarlo y, como ya le he dicho, al no ser urgente, volveré luego a verle. Hasta pronto, señorita Piamonte. Ha sido un placer.

—También para mí —musitó la señorita Piamonte.

Metreveli sonrió de nuevo con expresión de estatua de yeso y comenzó a subir las gradas, hacia los dos hombres de la MVD. María Piamonte regresó, aparentemente, toda su atención al juego. Es decir, hacia Número Uno, que se dedicaba a jugar como si no se hubiese dado cuenta de nada.

El partido terminó y el coronel Okanov, resplandeciente de alegría, tuvo el gran gesto, no poco peligroso, de saltar la red, con

la mano tendida hacia Angelo Tomasini, mientras María Piamonte aplaudía la primera victoria de Leonid Okanov en sus encuentros con Tomasini.

—¡Muy bien, muy bien! —reía—. ¡Ya se lo dije, tenía que ganarle…!

—Pero estoy reventado —rió Okanov—. Nunca había sudado tanto en mi vida… ¿Me perdonan si voy inmediatamente a ducharme?

Se alejó con paso vivo, muy satisfecho. María Piamonte soltó una risita, y comentó:

—Es un buen hombre…, creo.

Angelo Tomasini, que ni siquiera había perdido el compás de la respiración, gruñó:

—Espero que estés contenta… ¿Qué te ha dicho Metreveli?

—¡Cómo…! ¿No has podido leerlo por el movimiento de sus labios?

—No es fácil estar haciendo eso y al mismo tiempo atento a tirar pelotas al alcance de ese viejo ruso. ¿Qué te ha dicho?

—El resumen es que, si no metemos las narices donde no hemos sido llamados, podremos volver a Italia. Si las metemos, habrá que afrontar las consecuencias. Naturalmente, Okanov le avisó. Y supongo que su amabilidad la debemos a ti. Yo diría que no quieren indisponerse con Número Uno.

—He hecho un par de buenos trabajos para ellos.

—Y deben esperar que todavía les hagas algunos más. Pero, en fin, así están las cosas: si nos metemos donde no nos llaman, nos detendrán. Me ha señalado a dos agentes con todo descaro; se encargarán de vigilarnos.

—De acuerdo. Las cartas están boca arriba… ¿Sigues pensando en permanecer en Rusia?

—Si.

—Escucha, si Metreveli llegase a tener la más ligera sospecha de que tú podrías ser Baby…

—Por ahora, no lo cree. Ni se le ha ocurrido, Imagino que piensa de mí que soy una linda aventurera enamorada de un hombre tan apuesto como tú. ¿No sería mejor que fueses a ducharte? Te espero en el bar.

Número Uno soltó otro gruñido y se alejó. María Piamonte

estuvo mirándole sonriendo y pensando:

«El pobre coronel no debe ser demasiado listo… ¿Cómo ha podido creer que realmente ha ganado la partida?».

Media hora más tarde, Angelo Tomasini se reunió con ella en el bar. María alzó su vaso de vodka con hielo.

—¿No pides uno?

—Uri me ha llamado por teléfono.

—Malo. ¿Lo habían intervenido ya?

—Creo que sí, pero no han podido sacar nada en claro.

—¿Y tú?

—Yo sí. Uri ha dicho solamente, al comprender que yo no quería que se extendiese: «Atenas» grande ha llegado, y yo tengo una «Atenas» pequeña.

—¡Buen rompecabezas para Metreveli! —rió María; pero de pronto frunció el ceño—. ¿Significa eso que el yate *Atenas* ha llegado a Yalta, ha venido aquí, y que Uri ha conseguido una lancha?

—¿Qué otra cosa, si no?

María asintió y se pasó una mano por la barbilla, pensativa.

—Le he pedido que me dijese dónde tenemos la lancha, y que se fuese a su domicilio hasta nueva orden; no quiero complicarle la vida.

—Muy razonable. Lo de Uri. Pero Metreveli ya debe saber dónde tenemos la lancha. ¿O no? —acabó sonriendo.

—Si Metreveli sabe lo que significa el punto treinta y uno doscientos catorce, si, sabe dónde está la lancha.

—Pero Metreveli no sabe eso.

—¿Lo sabes tú?

—No —rió la divina espía.

—Entonces, ¿por qué habría de saberlo él?

—¿Lo ves? —volvió a reír ella—. ¡Eres el mejor espía del mundo, mi amor! ¿Por qué temes nada?

—No temo nada por mí.

—Lo sé —ella le acarició una mano—. Vamos a salir; les daremos trabajo a los muchachos de la MVD. ¿Los has visto?

—Desde las ventanas. Están en un coche.

—Y a lo mejor hasta nos siguen, ¿verdad?

—Mira, Brigitte…

—Vamos, no seas agorero, amor. ¡Pero si sólo quiero que me lleves a alguna tienda, a comprar algunas cosas…!

* * *

El «Povieda» se detuvo delante de unos grandes almacenes en Perspectiva Nikinsji y, a prudente distancia, el agente de la MVD que conducía el «Zim», pisó el freno, acercando el coche a la zona de estacionamiento. Lo detuvo completamente y como su compañero, sentado junto a él, se quedó mirando con fijeza el otro vehículo…

—Ahí sale ella, Revaz.

—Parece que va a entrar en los almacenes…, y él la va esperar en el coche, porque no sale… ¿Voy tras ella, Sergei?

—No… Ya saben que los estamos siguiendo, así que no creo que haya nadie importante en esos almacenes. En cambio, si nos descuidamos, él se largará. Y él es el que importa, no ella. Si hay algo que quieran hacer lo hará él, no ella. Quedémonos.

La señorita María Piamonte había entrado ya en los almacenes y los dos rusos, silenciosos, estuvieron unos minutos mirando hacia el «Povieda», distinguiendo a Angelo Tomasini ante el volante, fumando tranquilamente.

—Hace unos años hubiera querido yo esta oportunidad —refunfuñó de pronto Revaz— tenemos a tiro de pistola nada menos que a Número Uno.

—Es toda una tentación —asintió Sergei—, pero las órdenes han sido bien claras. Cosas del espionaje, camarada… ¿Quieres un cigarrillo?

Revaz lo aceptó. Se dedicaron ambos a fumar… Al terminar su cigarrillo, Sergei miró su reloj.

—Hace ya casi diez minutos que entró ella ahí.

—Tranquilo. Ella es occidental, no rusa.

—¿Y qué?

Revaz soltó un bufido.

—Pues que tenemos que armarnos de paciencia mientras una mujer occidental se dedica a comprar sus cositas. Sé lo que digo, así que tranquilo y mucha atención a lo que pueda intentar él. En cuanto a lo que haga ella ahí dentro, te aseguro que no me importa

en absoluto…

* * *

Durante un par de minutos, desde prudente distancia, María Piamonte se había dedicado a examinar el yate *Atenas*, anclado, efectivamente, en el puerto de Yalta. Al fondo se veía un hermoso transatlántico, azul hasta la borda, blanco de ésta hacia arriba, impecable.

Y más al fondo aún, por encima de los verdes árboles, y de un palacete con las clásicas torres puntiagudas en forma de cebolla, las montañas, como una gran masa verdinegra.

«Es un hermoso lugar», pensó la espía.

Alzó un poco su maletín, para dirigirle una triste mirada. Ciertamente, llevaba dentro artefactos suficientes para provocar una hecatombe, pero ninguno tan cómodo y tan práctico como la pistolita que había tenido que dejarse en Nueva York. Y, desde luego, tampoco llevaba arma alguna Número Uno, ni ella se la habría pedido en aquellas circunstancias. «Correremos el riesgo», pensó.

Y fue hacia la lancha que les había proporcionado Uri.

Capítulo V

El golpe de la lancha contra el costado del yate *Atenas* no fue muy fuerte, pero sí lo suficiente para que el casco vibrase, mientras la hermosa joven que la había estado gobernando saliese despedida hacia atrás.

Se puso en pie enseguida, y manteniendo con dificultades el equilibrio en la pequeña cubierta, fue a agarrarse a la blanca escalerilla del yate. Para entonces, no pocas personas que se hallaban en las embarcaciones más cercanas, habían comprendido ya que algo le ocurría a la muchacha de los ojos azules, y se dispusieron a ayudarla. Se oyeron algunas voces y exclamaciones y, entre esto y lo aparatoso del choque, no resultó extraño que en la cubierta del yate apareciesen dos hombres, sobresaltados, mirando hacia todos lados, A todo esto, sin la menor vacilación, la muchacha ascendió por la escalerilla, y apareció ante, los dos asombrados hombres aparecidos del interior del yate saltando a cubierta.

—Lo siento, lo siento —exclamó muy apurada—. Ha ocurrido algo en los mandos y no he podido evitarlo…

Se llevó una mano a la frente y se tambaleó. Los dos hombres se precipitaron hacia ella y la sujetaron cada uno de un brazo.

—¿Qué le ocurre? —Casi chilló agudamente uno de ellos.

Desde las otras embarcaciones, les estaban gritando lo sucedido y, finalmente, tuvieron que comprender. Sobre todo cuando un atlético sujeto de rojos cabellos saltó desde un balandro al muelle y de éste, tras una corta y veloz carrera, abordó el yate. Los dos ocupantes de éste no sabían qué hacer, pero el pelirrojo señaló hacia la entrada a los camarotes.

—Será mejor que la lleven dentro —dijo— y le den algo que beber. No creo que se haya hecho nada, pero ha debido asustarse. Permítame…

Se hizo él mismo cargo de la muchacha y la llevó hasta el

pequeño y confortable saloncito del yate. Allí, otros dos hombres de edad parecida a los dos que habían salido a cubierta, esto es, de poco más de sesenta años, se pusieron en pie, desconcertados y alarmados. Ambos miraron a sus dos compañeros, que llegaban tras el decidido pelirrojo y la muchacha.

—¿Qué pasa? —exclamó uno de ellos—. ¿Qué…?

—Un pequeño accidente… —explicó el pelirrojo—. ¿Tienen vodka?

—Sí, desde luego…

—No, no —negó la muchacha—. Estoy bien. Sólo ha sido un ligero mareo… Estoy bien, de verdad.

—Sería mejor que bebiese algo —insistió el pelirrojo.

—No, no… Oh, no sé cómo ha podido suceder…

—Ha chocado con su lancha contra el yate de ustedes —siguió explicando el pelirrojo—. Quizá se distrajo y…

—No, no —volvió a negar la muchacha—. No me distraje. Me acercaba al muelle, y de pronto no pude gobernar la lancha… No pude evitar el choque. Pero si he causado algún estropicio…

—No se preocupe por eso —dijo uno de los que habían salido a cubierta—. Lo importante es que usted esté bien.

—Parece que sí está bien —sonrió el atento pelirrojo—. Iré a echarle un vistazo a su lancha, señorita, si le parece bien.

—Muchas gracias… Sí, por favor. Y creo… creo que sí bebería un poco de vodka…

—Es lo mejor que puede hacer —aseguró el pelirrojo dirigiéndose hacia la salida del saloncito del yate.

Uno de los cuatro hombres sirvió vodka y la muchacha bebió un sorbito. De pronto, pareció darse cuerna de que los cuatro sexagenarios la estaban mirando fijamente y sonrió.

—Espero que no se hayan asustado tanto como yo. Les aseguro que siento mucho lo ocurrido. Me llamo Galina… Galina Cherkova.

Hablaba un ruso impecable, de la mismísima Moscú, así que ninguno de los cuatro hombres tuvo motivos para extrañarse por el nombre.

—Cualquiera puede tener un pequeño accidente —dijo uno de los hombres, también en ruso en todo momento—. Ojalá todos fuesen tan insignificantes como el suyo.

—He tenido suerte —asintió ella; de pronto pareció sorprendida

—. ¿Son ustedes rusos?

—Naturalmente.

—Ah… Bueno, como vi la bandera griega del yate… Me llamó la atención precisamente por eso. Pensé que teníamos turistas griegos en Yalta…

—No —musitó el mismo hombre—. Somos rusos.

Los otros tres le miraban sombríamente, pero, desde luego, el error ya había sido cometido, y después de decir que eran rusos no podían cambiar de idea y decir que eran griegos…, o de cualquier otra nacionalidad.

—Pero el yate es griego, ¿verdad? Si es de algún amigo de ustedes y les pide cuentas por los posibles desperfectos…

—Ya le hemos dicho que no debe preocuparse por eso. ¿Se encuentra bien?

—Sí… Son ustedes muy amables. ¿Viajan solos?

—En efecto.

—Lo pregunto porque si hubiese mujeres a bordo se habrían asustado… Nunca me había ocurrido nada así.

—Le está dando demasiada importancia —susurró otro de los rusos—. Termine el vodka. Yo iré a ver cómo está su lancha.

—Gracias otra vez… ¿Alguno de ustedes podría darme un cigarrillo?

Uno de los rusos salió, los otros dos se sentaron, y el cuarto se acercó a la muchacha, tendiéndole un paquete de cigarrillos de marca griega. Pequeño detalle que la turbada joven pareció pasar por alto. Después de encender el cigarrillo, miró a su alrededor y sonrió de nuevo.

—Seguramente estaban hablando de algo importante y mi torpeza les ha interrumpido… ¿Son ustedes del sur?

—No —replicó uno—. Del centro.

Galina Cherkova volvió a sonreír, tenuemente, mirando hacia otro lado, con lo que, al parecer, se perdió las miradas que los dos hombres sentados dirigieron hacia el que había dado la respuesta. Pero la bella joven rusa aceptó la mentira, como si fuese incapaz de notar que el acento de los ocupantes del yate era del sur, no del centro.

—Yo soy de Moscú —dijo—. He venido a pasar unos días en Yalta. ¡Cuando pienso que he podido matarme…!

—Afortunadamente, no ha sido así.

—Sí…, afortunadamente.

Se quedaron los tres silenciosos, mirándola. Ella bebió otro sorbo de vodka y suspiró.

—Bueno, ya ha pasado el susto… Creo que no debo molestarles más…

—No es ninguna molestia.

Galina Cherkova vaciló. Se puso en pie.

—Iré a ver qué le ha pasado a la lancha…, y al yate. ¿Van a estar en Yalta muchos días? Lo digo porque podría volver mañana, por si resulta que el yate sí ha resultado averiado, o les he causado algún perjuicio. Si así es…

Dejó de hablar, mirando hacia la entrada al saloncito, donde apareció el ruso que había ido a cubierta.

—No le ha ocurrido nada al yate —dijo—. Y me parece que su lancha estará reparada enseguida. Al parecer, se ha soltado el tornillo de fijación del volante. Debía estar muy flojo, saltó, y por eso no pudo usted gobernar la lancha. Desde luego, tendrá que pintar la proa, pero creo que eso será todo.

—Menos mal… La lancha es de un amigo, y me habría disgustado mucho estropeársela. Bien… Una vez más gracias. Y perdón.

Los cuatro hombres sonrieron lo mejor que pudieron. Ella subió a cubierta, acompañada de uno de ellos, que la ayudó a bajar a la lancha. El pelirrojo, sonriente, señaló el volante.

—Nada importante; ya he colocado el perno en su sitio… ¿Está bien?

—Sí, sí…

—¿Quiere que la lleve a algún sitio?

—No, por favor… Ya les he molestado tanto a todos… Si la lancha está bien, me las arreglaré sola.

—Bueno —amplió su sonrisa el pelirrojo—, al menos, lléveme hasta mi balandro.

—Desde luego… ¿Seguro que está bien la lancha?

—Pruebe a ver.

Galina Cherkova tomó los mandos y la lancha obedeció a la perfección. Ya alejándose del yate, se volvió hacia éste y saludó con la mano al hombre que la contemplaba junto a la borda. Éste

correspondió al saludo, dio media vuelta, y volvió al interior del yate, donde los otros tres rusos, sentados, le contemplaron sombríamente.

—Ya se ha ido —dijo en voz alta el recién llegado.

Al principio del pasillo que llevaba a los camarotes se abrió la puerta de uno de éstos y apareció Paulov Metreveli. Su ceño estaba fruncido, pero había una sonrisa en sus labios. Una sonrisa seca, dura un tanto sarcástica.

—Seguramente —dijo—, jamás volveré a tener una ocasión como ésta.

—¿A qué te refieres?

—A esa mujer.

—¿Qué pasa con ella? Ha sido un simple accidente que…

—Nada de simple accidente. Ella tiene la cara muy dura, una desfachatez extraordinaria…, y una gran habilidad para burlar cualquier vigilancia. Tendré que llamar la atención a Revaz y Sergei.

Los cuatro sexagenarios cambiaron una mirada de total desconcierto.

—Pero ¿de qué estás hablando? —masculló al fin uno de ellos—. Hablas como si conocieses a esa Galina Cherkova que…

Paulov Metreveli, jefe departamental de la MVD, soltó una carcajada.

—¡Galina Cherkova! —exclamó—. Vaya… En el hotel Oreanda se hace llamar María Piamonte y dice ser italiana, por lo que no extraña a nadie que hable el ruso bastante defectuosamente. Sin embargo, viene aquí, dice llamarse Galina Cherkova y ser de Moscú, y los cuatro la creéis… Camaradas: ¿queréis saber quién os ha concedido el honor de interesarse por vosotros?

Arkady Kiselyov, Gennadi Muntyan, Yevgeni Kolotov y Valeri Vashvili se quedaron mirando fijamente a Metreveli. Por fin, Muntyan susurró:

—¿Quién?

—La agente Baby, de la CIA.

Cuatro bocas se abrieron en gesto de estupefacción.

—¿Esa agente americana de la que a veces nos has hablado?

—Tiene que ser ella —asintió Metreveli—. No me explico qué demonios ha venido a hacer a Yalta, ya que este asunto… es decir,

lo que ella puede saber de este asunto, no le concierne en lo más mínimo… Pero tiene que ser ella. Según ciertos rumores, es muy amiga, seguramente algo más, de Número Uno.

—Pero ¿qué tienen que ver esos espías americanos con todo esto? —exclamó Kolotov.

—No lo sé —reflexionó Metreveli—. No tengo ni la menor idea. Desde luego, no tengo la menor duda de que el hombre que se hace llamar Angelo Tomasini es Número Uno. En cuanto a ella, a vuestra Galina Cherkova, es muy posible, casi seguro, que sea Baby. En el Directorio se llegó a la conclusión de que ambos son muy buenos amigos… Número Uno ha hecho algunos trabajos para la MVD, con grandes resultados siempre, naturalmente. Su eficacia profesional siempre ha estado fuera de toda duda… Y precisamente basándose en eso, la MVD le hizo hace unos meses una oferta que parecía tentadora en grado sumo: veinticinco millones de rublos por localizar, identificar, capturar y llevar viva a Baby a cualquier punto de las fronteras rusas. Era, y sigue siendo, a nuestro juicio, el único agente secreto del mundo que puede conseguirlo.

—¿Pero él no aceptó? —preguntó Vashvili.

—Hizo algo más que rechazar la oferta: advirtió muy seriamente que él en persona colgaría en lo alto del Kremlin la cabeza del hombre que hiciese el menor daño a la agente Baby.

—Eso es mucho decir.

—Número Uno puede decir muchas cosas…, y luego cumplirlas.

—Pero no debisteis permitirle que os hablase así…

—Muerto no nos servía de nada. Y estando vivo, ahora que no trabaja para la CIA, todavía nos será útil muchas veces… Es un hombre insustituible; la CIA hizo muy mal negocio con él. Pero tienen a Baby…, que no es poco.

—Parece una muchacha encantadora.

Paulov Metreveli volvió a reír.

—¡Lo es! ¡Lo es, sin duda alguna! Pero —el espía ruso se estremeció visiblemente— todo su encanto termina con su aspecto físico. Por dentro, ella es… es… Dejémoslo. Tenemos que terminar nuestro asunto.

—¿Con ésos dos espías americanos dando vueltas alrededor nuestro?

—Yo me ocuparé de ellos debidamente… y a su debido

tiempo…, aun a riesgo de que mi cabeza pueda ser colgada en lo más alto del Kremlin. Dejemos eso y sigamos con lo que estábamos haciendo… ¿Están listas las papeletas, Arkady?

Los cuatro sexagenarios palidecieron. Hubo unos segundos de silencio antes de que Arkady Kiselyov asintiese con voz aguda, quebrada:

—Sí… Ya están listas.

—Dámelas.

Kiselyov le tendió cuatro pedazos de papel. Metreveli comprobó que en cada uno de ellos estaba escrito el nombre de uno de los hombres que le miraban fijamente, tensos, angustiados. Lentamente, Metreveli dobló varias veces los cuatro papeles hasta dejarlos reducidos al máximo. Luego los metió en un vaso, tapó la boca ele éste con la palma de una mano y los estuvo agitando unos segundos. Dejó el vaso sobre la mesita, y con dos dedos, sacó uno de los papeles.

Lo desdobló y su mirada, tras posarse en el nombre escrito, lo hizo en Yevgeni Kolotov.

—¿Yo? —Casi gimió éste.

Metreveli asintió, tendiéndole el papel. Kolotov leyó en él su nombre y quedó inmóvil, con la mirada hierática, fija en los caracteres que habían decidido su suerte… Su mala suerte. Estaba pálido como un muerto.

—¿Cuándo? —susurró.

—Mañana por la mañana —dijo Metreveli—. Los demás, ya sabéis cuál es vuestra parte. Y nada de vacilaciones; esto tiene que terminar de una vez, son ya demasiados años con este miedo… Hay que terminarlo. Ahora, salid los cuatro del yate, ir por ahí a cenar o a dar un paseo, a tomar algo… Cuando sea de noche, saldré yo. No volváis hasta las diez, por lo menos… ¿Alguna duda?

No hubo respuesta. Porque no había ninguna duda. El plan había sido ya estudiado y definido de tal modo que cada cual sabía lo que tenía que hacer. Y el sorteo había aclarado el cometido de cada uno.

En silencio, los cuatro sexagenarios salieron del yate, dejando solo a Paulov Metreveli, que sonrió duramente y encendió un cigarrillo.

«Lo único que me preocupa es la presencia de Baby en Yalta,

desde luego —pensó—. Pero también ella tendrá su merecido, sea cual sea el motivo que la haya traído aquí…».

* * *

—Ahí la tenemos —dijo Revaz—. Si se descuida, se queda a pasar la noche en los almacenes.

—Pues no parece que haya comprado gran cosa —refunfuñó Sergei—, el paquete que lleva es pequeño.

—Una mujer es capaz de estar dos horas mirando escaparates antes de comprar un simple pañuelo —encogió los hombros Revaz —. Una mujer occidental, claro.

Estuvieron mirando a María Piamonte hasta que ésta entró en el coche donde Número Uno, inmóvil e imperturbable, la había estado esperando durante casi hora y media…

Número Uno dio el encendido y puso el coche en movimiento, despegándose del bordillo, sin haber mirado siquiera a María Piamonte, que sonrió y preguntó:

—¿Todo bien por aquí?

—Normal —replicó el mejor espía de todos los tiempos—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—He comprado un vestido precioso…, teniendo en cuenta que estamos en Rusia. Pero tuvieron que hacerme un par de retoques y, mientras tanto, me dediqué a dar unas cuantas vueltas por los almacenes.

—Eso, oficialmente —asintió él—. ¿Has estado en el yate *Atenas*?

—Lo bueno que tienen los grandes almacenes es que disponen de varias puertas. ¿Alguno de nuestros dos colegas rusos se interesó por mis actividades directamente?

—No se han movido del coche.

—Espléndido. Los del yate *Atenas* son rusos.

—¿Rusos?

—Cuatro espléndidos rusos de muy buen aspecto… y de una edad superior, aunque no demasiado, a los sesenta años. Dicen ser del centro de Rusia, pero es mentira: son del sur.

—¿Por ejemplo… del Cáucaso?

—Por ejemplo —musitó María Piamonte—. Estaban muy

preocupados.

—¿Sabes por qué?

—No. Ni idea… Mi amor, ¿qué crees que está pasando?

—La suma no es muy fácil —reflexionó Angelo Tomasini—, pero tampoco es imposible de obtener. Es sólo cuestión de pensar despacio. Tenemos a un alemán que va a ser juzgado por crímenes de guerra, de los cuales, para defenderse, él está acusando a tu padre como único culpable. Y, al parecer, puesto que todavía no ha sido condenado después de tantos días de juicio, está teniendo éxito en su acusación, así que, posiblemente, Fritz Bierrenbach cargará con todas las culpas. Mientras tanto, tenemos a dos alemanes que utilizan documentación húngara, que se conocen, pero que simulan no conocerse, y a cuatro rusos, posiblemente ex combatientes de la Segunda Guerra Mundial, que tienen tratos con esos dos alemanes que dicen ser húngaros, y que también posiblemente sean ex combatientes de la guerra que nos ocupa…, pero del otro bando. Ex combatientes rusos y alemanes en relación mientras están juzgando a un alemán por viejos crímenes de guerra… No; la suma no es fácil…, pero tampoco imposible. Es sólo cuestión de pensar detenidamente.

—Pues pensaremos —murmuró María; y de pronto sonrió—. Pero antes cenaremos en el hotel con el coronel Okanov; me debe un montón de caviar ruso.

* * *

—¿Desean más caviar? —preguntó Okanov.

—¡No, por favor! —Se espantó María Piamonte—. Jamás en mi vida creí que pudiese comer tanto, coronel.

—Bueno, es la celebración de una victoria no exenta de mérito —rió Leonid Okanov—. Es fácil cumplir una palabra dada cuando los motivos son satisfactorios.

—De todos modos —intervino Angelo Tomasini—, no creo que pueda usted pagar de nuevo una cena con caviar, coronel.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque la suerte que ha tenido hoy no volverá a tenerla nunca… Supongo que estaba un poco distraído y por eso me ganó.

—Vaya… No es muy deportivo por su parte refunfuñar por

perder un simple partido de tenis, ¿no le parece, señor Tomasini?

—No estoy acostumbrado a perder… Espero que me conceda la revancha mañana mismo.

—¡Por supuesto!

—Magnífico. ¿A las diez le parece bien?

—¿Por la mañana? No, no podrá ser… Por la tarde.

—Ah —intervino María—. ¿Sigue usted con eso del alemán que cometió tantos crímenes de guerra?

—Mmm… Bueno, un militar siempre tiene trabajo, aunque haya personas que piensen lo contrario. ¿De verdad no desea más caviar?

—De verdad.

—Mañana hará otro espléndido día —continuó desviando la conversación Leonid Okanov—. Les insisto para que no dejen de ir al jardín botánico de Nikitsk.

—¿El de las mil seiscientas variedades de rosas? Lo pondremos en nuestra ruta turística de mañana. ¿Verdad, Angelo?

—¿Por qué no? Algo tendremos que hacer… Aunque quizá preferirías nadar un poco o dar un paseo en lancha…

—Pueden hacerlo todo —dijo Okanov—. Ustedes, los que disfrutan de vacaciones, son muy afortunados.

—¿Acaso los rusos no tienen vacaciones? —se sorprendió María.

—Los rusos sí —rió el coronel—, pero yo, concretamente, no estoy de vacaciones. Así que, si me perdonan, voy a retirarme ya. A mi edad, no se pueden cometer excesos.

María Piamonte se echó a reír.

—Que descanse, coronel… Nosotros seguiremos aquí unos minutos más.

—Diviértanse —deseó Okanov—. Buenas noches.

Salió del comedor y, durante unos segundos, María y Angelo permanecieron silenciosos. Por fin, Angelo musitó:

—Puedo ir yo al yate y resolver nuestras preguntas de un modo rudo. Aunque quizá sería mejor hacerle una visita a uno de los alemanes.

—No —negó ella—. Yo opino que lo mejor para esta noche será dormir, simplemente. Tenemos detrás nuestro a esos dos agentes de la MVD y me parece que deberíamos confiarlos.

—Son un par de zoquetes —sonrió secamente Número Uno—. No tendríamos la menor dificultad en engañarles. Pero quizá tengas

razón; podrían molestarse, y Metreveli nos complicaría la vida. De todos modos… ¿qué estamos esperando? Si hay algo que hacer, hagámoslo. Si no hay nada que hacer, marchémonos de Rusia.

—Sigues preocupado por mí —sonrió dulcemente María—. Pero estas cosas no pueden resolverse a nuestro modo, directamente. Hay un juicio, hay gente a nuestro alrededor esperando algo… Pues bien, esperemos nosotros también. Máxime, sabiendo que cualquier paso que demos dará lugar a que esos dos… zoquetes se interesen por nosotros. Y como tú has dicho, aunque los engañásemos a ellos, Metreveli podría complicarnos la vida… Vamos a esperar un poco más. Lo único que no me gusta de esto es que, como nos están vigilando a nosotros, nosotros no podemos vigilar a los alemanes ni a los rusos del yate… Sería poner sobre nuestras pistas a Metreveli.

—Puedo llamar a Uri desde un teléfono no intervenido, y pedirle que se dé una vuelta por la escuela militar y por el puerto… No será lo mismo que si lo hiciésemos nosotros, pero quizá consigamos algo…, si es que algo ocurre.

—La idea no es mala. Mientras tu amigo hace lo que pueda, nosotros veremos cientos de hermosas rosas… Y luego podríamos ir a ese restaurante del Monte Darsan.

—Iré a ver si encuentro un teléfono discreto por aquí cerca… ¿Me esperas?

—Ya sabes que sí. Pero a veces me pregunto si tengo derecho a recibir tanto amor.

—Quisiera estar seguro de que recibes tanto como yo deseo, Brigitte.

Poco más tarde, oyendo los suspiros de Brigitte entre sus brazos, los dos emprendiendo uno de sus dulces y maravillosos viajes de éxtasis, Número Uno no tuvo más remedio que convencerse de que Brigitte, su amada, recibía de él tanto amor como le entregaba.

Capítulo VI

Hacia las cuatro y media de la tarde, María Piamonte y Angelo Tomasini regresaron al hotel, después de haber pasado una mañana sencillamente deliciosa.

No. En conserjería no había ningún recado para el señor Tomasini. No. El coronel Okanov no había regresado todavía al hotel.

Angelo Tomasini dio las gracias y se volvió hacia María Piamonte:

—Será mejor que vaya a cambiarme para el partido de…

Se calló de pronto, y sus negros ojos se desviaron hacia donde miraba fija, seriamente, María Piamonte. Ni un solo músculo del rostro de Angelo se movió al ver, sentado en uno de los sillones del vestíbulo, inmóvil, mirándole fijamente, a su amigo Uri.

—Algo ha ocurrido —susurró María—. Sólo hay que verle la cara a tu amigo. Ya no parece tan sonriente como en la fotografía que me enseñaste de él.

Angelo Tomasini miró ahora hacia los dos agentes rusos que desde la mañana, con todo descaro, sin recato alguno, los habían estado siguiendo. Luego volvió a mirar a Uri, sabiendo que éste interpretaría exactamente su mirada. Y así debió ser, pero, por la expresión de Uri, Angelo tuvo que comprender que, a toda costa, el muchacho quería hablarle.

—Espérame aquí —musitó—. Si las cosas se ponen feas, márchate. No me gusta la expresión de los dos zoquetes. Evidentemente, algo ha cambiado…, y ellos lo saben ya.

—Es muy posible que Metreveli los haya llamado por la radio de bolsillo. La verdad es que a mí tampoco me gusta cómo nos miran ahora, mi amor. Pero de eso a marcharme…

—Haz lo que te digo —ordenó él, secamente.

Se dirigió hacia donde estaba Uri…, seguido por María Piamonte

que, sin hacer caso de la hosca mirada que le dirigió, ocupó otro sillón, colocó sobre sus preciosas rodillitas el maletín y lo abrió, sacando un espejito en el que comenzó a mirarse para ordenar coquetamente sus cabellos…, pero dispuesta a recurrir a cualquiera de sus trucos para repeler una agresión, que teniendo en cuenta la expresión de los dos rusos no parecía en absoluto imposible…

—¿Qué ocurre, Uri?

El ruso con aspecto de simpático *playboy* aspiró hondo y susurró.

—Han asesinado a Helmut Siedl.

María Piamonte continuó arreglándose algunos rizos, sin alterarse lo más mínimo. Angelo Tomasini, si cabe aún más impávido, se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Cómo ha sido?

—A balazos. En pleno juicio.

—¿Cuánto hace de eso?

—Casi una hora. Llamé, pero usted no contestaba, no estaba en el hotel. Así que preferí venir, para en cuanto le viese ponerle al corriente.

—Pues te has metido en un lío que he estado tratando de evitarte a toda costa. Esos dos hombres que nos están mirando, son de la MVD. ¿Lo entiendes?

—Estoy seguro —sonrió crispadamente Uri— de que usted me sacará de ese lío.

—Haré lo posible. Dime todo lo que sepas sobre ese asesinato… ¿Sabes quién ha matado a Helmut Siedl? ¿Quizá un alemán…?

—Un ruso. No he podido saber el nombre, pero parece que es un hombre mayor…

—¿De más de sesenta años? —preguntó tranquilamente María sin mirar a Uri.

—Sí… Sí. Dicen que es un ex combatiente del Cáucaso, de la Segunda Guerra Mundial. No sé el nombre.

—¿Qué hacía ese ruso allí? —preguntó Angelo.

—Eso es sorprendente; nadie lo sabe. Nadie se explica cómo pudo llegar hasta allí. Hay un desconcierto tremendo. Tanto, que pude entrar en la escuela y hacer algunas preguntas. Nadie sabe lo que tiene que hacer, nadie se explica nada… Lo cierto es que ese hombre entró allí, disparó unos cuantos balazos contra Helmut Siedl y luego dejó caer la pistola.

—¿Así de simple?

—Eso es lo que yo he entendido. La verdad es que no puedo garantizarle la exactitud de algunos detalles, pero una cosa es segura: un ruso ex combatiente, que nadie sabe cómo pudo llegar hasta allí, ha asesinado a Helmut Siedl.

—Alguien tuvo que ayudarle a llegar hasta allí —susurró María —. ¿No te parece, Uno?

—Por supuesto. Pero… ¿quién? Si encontrásemos a ese hombre podríamos convencerle para que contestase por fin a todas las preguntas que nos hemos estado haciendo… Pero eso no será fácil, sobre todo, teniendo en cuenta que jamás podríamos llegar hasta ese viejo ruso para preguntárselo a él…

—¿Ha visto a los alemanes, Uri? —preguntó María.

—Sí… Estuvieron por allí, dando vueltas, como otras veces. Pero se marcharon en cuanto empezó el jaleo. Parece que lo estaban… Bueno…

—¿Lo estaban esperando?

—Pues… yo diría que sí, que ellos lo esperaban, lo presentían, o algo así…

—¿Adónde se fueron?

—No lo sé. Yo conseguí colarme en la escuela militar, hacer algunas preguntas… Me pareció más conveniente que seguirles a ellos.

—Desde luego que sí. Nosotros sabemos adónde fueron esos dos sujetos.

—Al yate *Atenas* —murmuró Uno—. ¿De acuerdo?

—¿A qué otro sitio, si no? —preguntó ella a su vez.

—Bien… Desde luego, podemos despedirnos de entrar en la escuela militar. Y, aunque lo consiguiésemos, ya se habrán serenado lo suficiente para organizarse. Podríamos entrar, pero sin probabilidades de conseguir nada y, en cambio, con grandes riesgos de no poder salir con facilidad… Tendremos que ir al yate.

—Parece inevitable —asintió María—. Además de los dos alemanes, encontraremos allí a tres rusos de más de sesenta años, que tendrán que explicárnoslo todo.

—¿Crees que el ruso que falta en el yate es el que ha asesinado a Helmut Siedl?

—Ojalá pudiese tener la misma seguridad de que voy a vivir

cien felicísimos años.

—De acuerdo —asintió Angelo Tomasini—. Metreveli tiene a ese viejo ruso que ha asesinado a Siedl, pero nosotros tenemos a los otros tres, así que… iremos a ese yate.

—Pero si los están vigilando los de la MVD… —Se inquietó Uri.

—Déjalos de nuestra cuenta. Ahora, fíjate bien, Uri: te vas a marchar de Yalta —sacó un rollo de billetes y lo tendió al joven ruso tras separar unos pocos—. Tienes que llegar como sea y cuanto antes a Simferopol; allí tomas un avión, el primero que salga en el que puedas salir de Rusia…

—¿Es necesario eso? —Palideció Uri.

—No sabemos lo que puede pasar. Y piensa que si algo nos ocurre a mi amiga y a mí, la MVD no va a tener dificultades en cazarte. Por eso, mientras sólo hay dos hombres cerca de nosotros, tú te marcharás todo lo lejos posible, aprovechando que esos dos nos seguirán a nosotros, prefiriéndonos a ti. Hay que aprovechar esta circunstancia inmediatamente: si perdemos tiempo, vendrán más agentes rusos a por nosotros y entonces tú ya no tendrías escapatoria. Así que sales de Rusia como sea, cuanto antes. Dentro de quince días llamas al teléfono de Roma que te he mencionado alguna vez… ¿Lo recuerdas?

—Sí… Sí.

—Bien. Si yo he salido de esta situación, allí te dirán lo que has de hacer: si puedes volver a Rusia o no, si tienes que hacer algo especial… Si yo no he podido dar instrucciones en ese sentido, será que me he quedado en Yalta… para siempre. Te darán algo de dinero, pero evidentemente todo habrá terminado… ¿Lo entiendes?

Uri Evriuzhijin se pasó la lengua por los labios.

—Sí…, lo entiendo.

—Pues eso es todo. Márchate ahora mismo.

—Pero ustedes…

—No se preocupe por nosotros —sonrió amablemente María—. A lo mejor, hasta se nos ocurre algo para salir de este pequeño apuro. Vamos, no pierda más tiempo.

Uri se puso en pie, vaciló un instante, y luego se dirigió hacia la salida del hotel. Los dos agentes de la MVD le miraron, y hubo una breve pero evidentísima consulta entre ellos…, después de la cual los dos volvieron a dedicar toda su atención a Angelo y a María.

—Pues parece que has tenido razón —sonrió ella—, nos han preferido a nosotros.

—Peor para ellos.

—¿Tienes algún arma?

—No la necesito, para esos dos desdichados.

—Supongo que has comprendido ya que quieren matarnos.

—Eso me ha parecido, sí. Lo cual me sorprende bastante…

—Quizá la MVD no te estime tanto como piensas —sonrió la divina espía, cerrando su maletín.

—La MVD no me estima en nada. Solamente les soy útil en ocasiones, me pagan, y eso es todo. Pero no en eso lo que me intriga… ¿Por qué, de pronto, quieren matarnos? —Quizá Metreveli cree que hemos tenido algo que ver con el asesinato de Helmut Siedl.

—Quizá. Pero aun así, es una estupidez ordenar nuestra muerte. Lo lógico sería que nos detuvieran, que nos interrogaran, que nos encerrasen para toda la vida… Qué sé yo… Pero sí sé que un espía muerto jamás ha servido de nada a nadie.

—También podría ser que, en lo personal, no le resultases nada simpático a Metreveli —sonrió de nuevo María.

Hablaban y actuaban con toda tranquilidad, como si de pronto, nada menos que en Rusia, no estuvieran ambos desarmados, en un serio apuro. Incluso parecían no conceder la menor importancia ni atención a los vigilantes Revaz y Sergei, que seguían mirándoles con obsesiva fijeza.

—Admito que no soy un hombre precisamente simpático —aceptó Angelo—, pero… a lo mejor Metreveli tiene otros motivos para desear verme muerto. ¿Se te ocurre alguno?

—Solamente uno —susurró María—, pero es suficiente. ¿Nos vamos o esperamos la posible llegada de feroces refuerzos para esos dos… zoquetes?

Angelo Tomasini se puso en pie, tendió una mano y María se tomó a ella, sonriendo dulcemente. Con toda tranquilidad salieron del hotel, seguidos por algunas sonrientes miradas… y por los nada sonrientes Sergei y Revaz.

—Conduces tú —dijo él, cuando llegaron junto al coche.

—Oh, no. Preferiría que…

—Tú vas a conducir —gruñó él—. Yo he pedido primero la otra

parte, ¿no es así?

—Está bien —suspiró ella, sentándose ante el volante; y cuando él se hubo sentado junto a ella, añadió—: pero ten cuidado. Si es verdad que te estás haciendo viejo, estas actividades ya no te convienen demasiado.

—Quizá ha llegado el momento de demostrarte… de algún modo que no me estoy haciendo viejo. En marcha. Busca un lugar tranquilo donde podamos solventar el asunto con esos dos.

María Piamonte asintió, mirando por el espejo retrovisor. Después de dar al encendido, murmuró:

—Están llamando por la radio de bolsillo. Lo cual significa que están pidiendo ayuda.

—No creo que sea eso. La verdad es que no quisiera estar en el pellejo de esos dos pobres muchachos. Por un lado, estamos nosotros y por el otro Metreveli, que si lo que estamos pensando se confirma, se ocuparía de ellos una vez nos hubiesen matado, ya que no puede permitir que dos agentes de la MVD informen en su Directorio sobre las… extrañas órdenes recibidas de él.

—Es muy posible que estemos fantaseando. Pero, de momento, lo cierto es que nuestros dos colegas parecen dispuestos a eliminarnos, así que…

El coche salió.

Y detrás el de los rusos.

Al fondo, abajo, se veía el mar, azul refulgente bajo el sol de la tarde. Parecía una bella tarjeta postal. A la izquierda, el desnivel del camino que el coche iba ascendiendo conducido por María. A la derecha, pinos y más pinos, apretados, formando el bosquecillo por el que discurría la carretera secundaria, curva tras curva…

Angelo Tomasini metió el cigarrillo en el cenicero y probó la manilla de la portezuela.

—¿Ya? —preguntó María.

—Es un buen sitio. Incluso a ellos les debe gustar su trabajo… La próxima curva.

—¿No sería mejor que tirase una de mis ampollas explosivas? Sería mucho más fácil…

—Pero demasiado vistoso… y ruidoso, quizá.

—Ten cuidado, amor.

El coche tomó la siguiente curva y, sin vacilar, Angelo Tomasini

abrió la portezuela y saltó al camino. María se echó hacia aquel lado, asió la portezuela y la cerró con golpe seco. Luego, miró por el retrovisor y vio a Angelo ponerse en pie y correr hacia los pinos, desapareciendo inmediatamente entre ellos. Entonces frenó, esperó unos segundos en perfecto cálculo y puso la marcha atrás. Se encogió cuanto pudo en el asiento y apretó el pedal del gas. El coche comenzó a retroceder lentamente.

De pronto en la curva apareció el «Zim» que estaban utilizando los dos agentes de la MVD. Y dentro del coche, los dos espías rusos que se disponían a asesinar ni más ni menos que a la agente Baby y a Número Uno, respingaron y palidecieron a la vez.

—¡Cuidado! —aulló Sergei—. ¡Han abandonado el coche y lo han dejado sin frenos…!

Revaz frenó bruscamente, dio un tirón al freno de mano para fijar el coche allí, y se apresuró a salir del vehículo, igual que su compañero. Dejando el coche frenado, el choque parecía inevitable, pero, si no hubiesen colocado el freno de mano, los dos coches habrían ido pendiente abajo, hasta despeñarse. Así, al menos, aunque abollado, dispondrían del vehículo para el regreso a Yalta.

—Deben estar por ahí arriba —señaló Sergei con la pistola hacia los pinos—. Y sabemos que están desarmados. ¡Vamos a por ellos!

—Espera a ver qué pasa con los coches. Podría ser que…

De pronto, estupefactos, se quedaron mirando el «Povieda» de sus presuntas víctimas que se detuvo con claro frenazo muy audible.

—¡Están dentro…! ¡Vamos a…!

La exclamación de Revaz se convirtió en un alarido cuando de pronto algo cayó sobre su nuca. Algo grande, fortísimo, férreo… Demasiado tarde, intentó volverse hacia atrás, comprendiendo que, pendientes del «Povieda» que parecía destinado a chocar con el coche de ellos, ni una sola vez habían tenido la precaución de volver la cabeza. Y precisamente por detrás les llegó el peligro, no por delante.

La poderosa mano derecha de Angelo Tomasini apretaba el cuello, la nuca de Revaz, haciendo crujir sus vértebras, mientras la izquierda asía de un tirón la pistola de la paralizada mano del ruso, que sentía como si todo su cuerpo, no sólo su cuello, estuviese metido en una prensa que le estaba destrozando, con un dolor inaudito que, irradiando de sus centros nerviosos, le paralizaba

completamente.

Sergei se había vuelto velozmente hacia su compañero y, tras el primer instante de aterrada sorpresa al comprender la jugada de sus «víctimas» y ver al gigantesco Angelo Tomasini como alzando con una sola mano a Revaz, su mano derecha se alzó apuntando hacia allá la pistola.

Plop, disparó silenciosamente la de Revaz, en la zurda de Angelo Tomasini.

La bala dio en el centro del pecho del ruso, que lanzó un aullido y saltó hacia atrás, quedando en el borde del camino. Sin concederle ya la menor atención, Angelo Tomasini soltó al otro, empujándole fuertemente contra el coche. Revaz dio allí de cara, cayó al suelo de bruces y se quedó gimiendo, todavía tan dolorido que no podía moverse. Número Uno le ayudó a hacerlo, volviéndole cara al cielo de un puntapié en un costado. Demudado el rostro, desorbitados los ojos, el agente ruso se quedó contemplando al gigante de los negros ojos, que aún lo parecía más, dadas las respectivas posiciones.

La pistola, su propia pistola, le estaba apuntando directamente a la cabeza.

—¿Os lo ha ordenado Metreveli? —preguntó Angelo.

—Sí… Sí…

—¿Qué teníais que hacer?

—Ma… matarles…

—Eso ya lo sé. ¿Qué más? ¿Por qué cambió de actitud Metreveli? Parecía conformarse con mantenemos vigilados, que no hiciésemos nada… ¿Por qué luego quiso que nos mataseis?

—No lo sé… ¡No lo sé! ¡Nos dijo que lo hiciésemos, y no teníamos por qué preguntar más!

—¿Qué más teníais que hacer?

—Ir a un yate, el *Atenas*, y zarpar en él, con unos hombres que nos indicó Metreveli. Sólo teníamos que hacer eso, y esperar allí nuevas órdenes. Él es el jefe, él es quien…

—Ponte en pie. Te vamos a dejar en lugar seguro hasta que nosotros hayamos salido de Rusia. ¡Vamos, ponte en pie! Recoge a tu compañero, mételo en vuestro coche y luego te diré adónde vamos.

Revaz se puso de rodillas y luego en pie. Todavía le dolía todo el

cuerpo de un modo espantoso, aún le parecía notar los fortísimos dedos de Número Uno hundidos en sus vértebras… Se quedó tambaleante, mirando a Número Uno, que con la pistola señaló al ya cadáver Sergei Revaz se volvió y entonces vio, sentada con las piernas hacia fuera, a la hermosa muchacha de los ojos azules que le contemplaba irónicamente desde el coche.

Una oleada de ira nubló la inteligencia relativa del espía soviético. Se sintió tan inferior, tan fácilmente manejado y vencido por aquellas dos personas tan indudablemente superiores a él, tan seguras de sí mismas, tan convencidas de que en modo alguno podía ocurrir nada que los humillase, que la ira fue como una negra nube que anulase hasta el más simple de los instintos animales: el de la observación.

En el suelo, entre él y Sergei, estaba la pistola de éste y, siempre mal dominado por aquella ira, Revaz saltó hacia ella gritando su furia… En menos de un segundo, todo un cúmulo de visiones llevaron la postrera comprensión a la mente de Revaz; en menos de un segundo, mientras se volvía con la pistola de Sergei en la mano, vio el rostro de la bella muchacha sonriéndole sin preocupación alguna; vio también a Angelo Tomasini, apuntándole con indiferencia; comprendió que aquéllos sabían que él haría aquello precisamente y que, al hacerlo, ahorraba a Tomasini el tener que dispararle a sangre fría; comprendió que…

Plop.

Revaz, agente de la MVD, ya no comprendió nada.

Cuando Angelo Tomasini le agarró por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hacia el coche, ya no podía comprender nada. En pocos segundos, Sergei se reunió con él en el asiento de atrás, retorcidos trágicamente ambos.

Tres minutos más tarde, los dos coches se detenían en una pequeña explanada cerca del camino. Angelo Tomasini llevó el «Zim» lo más lejos posible, bajo unos pinos. Luego, se apeó y fue a reunirse con María Piamonte en el «Povieda».

María le tendió un cigarrillo ya encendido.

—Verdaderamente —dijo—, no parece que estés demasiado viejecito, mi amor.

Capítulo VII

Esta vez no fue el choque de una lancha contra el casco del yate lo que los sobresaltó a los tres, sino el alegre sonido de una dulce voz que ya conocían y que les llegó amortiguada desde la cubierta.

—¡Hola! ¿No hay nadie a bordo?

Gennadi Muntyan, Arkady Kiselyov y Valeri Vashvili se pusieron en pie a la vez, de un salto, y sus ojos, desorbitados, miraron hacia la escalerilla que llevaba a la cubierta. Los tres estaban tan pálidos que solamente estando muertos podrían aumentar tal palidez. Sobre la mesita colocada ante el diván corrido bajo el ventanal se veían dos botellas de vodka, una vacía ya y la otra con apenas tres dedos de licor.

—¿No hay nadie? —insistió la voz.

El primero en reaccionar fue Vashvili, que, tras pasarse la lengua por los labios llenos de sabor a vodka, susurró:

—Es aquella muchacha…, la agente Baby…

—No puede ser —casi tartamudeó Kiselyov—. Paulov dijo que se encargaría de ella, y del hombre que la acompañaba.

—Quizá le ha ocurrido algo a Paulov —sugirió con expresión aterrada Muntyan.

Se miraban como acorralados. De pronto, Kiselyov sacó la pistola, con mano temblorosa, y fue a colocarse a la derecha de la entrada al salón, en el ángulo, de modo que no podía ser visto por quien bajase la escalerilla. Hizo una seña a Muntyan, y éste la interpretó exactamente, colocándose al otro lado de la entrada. Finalmente, Vashvili también comprendió.

Asintió con la cabeza y se dirigió hacia la salida. En aquel momento, se oyeron en la escalerilla los breves golpecitos de unos tacones femeninos descendiendo, mientras de nuevo se oía la voz de Galina Cherkova:

—¿Están ustedes ahí? ¿Hay alguien? Sólo vengo a… Ah, está

usted —sonrió cuando apareció Vashvili al pie de la escalerilla—. ¿Puedo bajar?

—Sí, por favor —autorizó con voz temblorosa el ruso.

Galina Cherkova acabó de bajar, sonriendo como una niña tímida; pisando con gran cuidado, pues en el interior del yate apenas se veía nada. Por el ventanal corrido entraba la luz rojiza, casi negra, del ocaso.

—¿No deberían encender la luz? —sugirió—. Ya es casi de noche y no se ve lo bastante para…

Se calló de pronto al llegar abajo. Efectivamente, había muy poca luz, pero debía ser suficiente para que ella viese a los otros dos rusos, uno a cada lado, apuntándola con una pistola con silenciador.

Maravillosamente teatral, la asustada mirada de Galina Cherkova fue de uno a otro hombre armado y, finalmente, se posó en Vashvili, que también, por fin, había sacado su arma, igualmente provista de silenciador, y la apuntaba.

—¿Qué… qué pasa…? —tartamudeó Galina Cherkova—. Sólo venía a preguntarles si han tenido algún problema con el choque de ayer…

—Siéntese allí —señaló a su derecha Kiselyov, con la pistola, hacia el diván corrido.

—Pe… pero esas pistolas… Ustedes…

—Deje de fingir; sabemos quién es usted.

—Claro… Yo misma se lo dije ayer cuando…

—Cuando simuló chocar contra el yate para poder abordarlo y meter sus narices donde no le importa. Siéntese y estese quieta. Valeri, regístrala…

—¿Registrarme a mí? ¡Ustedes no tienen derecho a…!

—Si no se calla, va a ser peor.

Galina Cherkova calló. Valeri Vashvili se acercó a ella, y pareció no saber qué hacer con la pistola. Galina, que le observaba atentamente, apenas pudo contener una sonrisa entre piadosa y dura… Por fin, el ruso pasó la pistola a la mano izquierda y, con la derecha, tomó el maletín de la divina, espía, lo dejó en el suelo, a un lado, y luego volvió ante ella, mirándola vacilante.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —exclamó Muntyan.

Vashvili asintió. Torpemente, puso una mano en un costado del cuerpo de la muchacha. Luego, la pasó por la espalda, y después por

los senos…

—No me toque —se apartó ella—. ¡No me toque! Si quieren registrarme, no hace falta que me toquen, les facilitaré la labor.

Para asombro de los rusos, se alzó las faldas, mostrando unas piernas bellísimas…, en una de las cuales, adherida al muslo con esparadrapo, llevaba una imponente pistola con silenciador. Vashvili se pasó una mano por la boca, aturdido, pero Muntyan se acercó y arrancó la pistola de un violento tirón. Acto seguido, gruñó:

—¡Desnúdese!

—¿Que me desnude? ¿Por qué? ¿Qué es esto? ¿Una reunión de viejos sátiros?

—Desnúdese… ¡Puede que esté intentando confiarnos y que tenga más armas escondidas!

—Eso es cierto —rió Galina Cherkova—. ¡Tengo unas terribles armas escondidas! Y voy a tener el gusto de enseñárselas a ustedes.

Se desnudó rápidamente, quedando por completo desnuda ante los relucientes ojos de los rusos. Por fin, Vashvili murmuró:

—Pero no… no lleva más armas… ¡No lleva más armas!

—¿Está usted seguro? —Le miró sonriente Galina, pasándose las manos por los henchidos senos de forma bellísima—. Me parece que no se ha fijado bien… ¿De verdad no ve ningún arma?

—No… No.

—Sólo quería convencerle de que no tengo arma alguna —rió de nuevo ella—. Todas mis armas están a la vista. ¿Acaso no les parece a ustedes que tengo unas hermosas armas… femeninas? Vamos, no sean tímidos… Usted, que es más gruñón, traiga una mano y compruebe la calidad de mis armas…

Tomó una mano de Muntyan, y la puso sobre uno de sus senos. Parecía que los rusos se hubiesen convertido en muñequitos que Galina podía manejar a su antojo. Unos muñequitos con los que convenía ganar algo de tiempo, como fuese, para dar lugar a que se encontrasen metidos en el cepo. Tenía que conseguir tiempo como fuese…

—¿Le gustan? El otro es igual de tierno y precioso. ¿Qué les parece si ustedes dejan de ser malos muchachos y los cuatro nos dedicamos a ser… amables unos con otros?

Muntyan sonrió secamente y, tras guardar la pistola, puso la otra

mano sobre el otro seno de Galina Cherkova, y luego deslizó ambas por el tenso cuerpo fresco y fino.

—Nosotros no tenemos ningún inconveniente en ser amables… —dijo—. ¿Quiere que se lo demostremos ahora mismo?

—¿Realmente piensa que pueden hacerme feliz? —rió Galina.

—Podemos probar —dijo Muntyan—. Sólo se trata de empezar y luego veremos adónde se llega.

Galina Cherkova estaba dispuesta a continuar el juego, pero justo en aquel momento, su fino oído percibió un ruidito que sabía no podía ser captado por los tres rusos. Tranquilizada ya, de pronto reaccionó de modo que los sorprendió: dio unos golpes a las manos de Muntyan, recogió sus ropas y comenzó a ponérselas rápidamente. Tanto, que cuando terminó, los rusos aún no habían reaccionado.

—Pero… —empezó Vashvili.

—Déjala. Ella sabrá lo que está haciendo, a qué está… jugando. Paulov ya nos dijo que ella es esa listísima agente americana llamada Baby.

—Paulov es muy listo —sonrió Galina Cherkova.

—¿Cómo ha podido llegar usted hasta aquí? —entornó los ojos Kiselyov.

—¿Hasta el yate o hasta Yalta?

—Hasta el yate.

—Oh, en coche. Luego, caminando.

—Se está burlando de nosotros —mascullό Muntyan—. ¡La voy a…!

—Espera… Paulov nos dijo que teníamos que esperar a dos de sus hombres y hacernos a la mar con ellos, y que, en cuanto tuviese un momento y pudiera salir de la escuela militar, nos daría instrucciones… Pero esos dos hombres no han llegado y, en cambio, ha llegado esta mujer… No me gusta esto. Algo ha ocurrido…

—¿Por qué no le preguntan a Paulov Metreveli? —sugirió ella amablemente—. Quizá él podría explicárselo a ustedes.

Los tres rusos se quedaron mirándola torvamente.

—No es posible ponernos en contacto con Paulov —replicó secamente Muntyan—, porque él está muy ocupado oficialmente y no debemos cometer ninguna indiscreción. Por si le interesa, él sólo podrá llamarnos por radio cuando ya estemos lejos de la costa,

cuando pueda abandonar momentáneamente un asunto que le tiene muy ocupado. Así que, mientras tanto, usted nos explicará lo que está sucediendo. ¿Verdad?

—Lo haré con mucho gusto —sonrió Galina—. ¿Alguno de ustedes me da un cigarrillo?

Se sentó por fin y se quedó mirando de uno a otro. Ninguno de los tres rusos se movió, y ella acabó por encogerse de hombros.

—No son muy amables, pero por el momento, les voy a perdonar. Ustedes quieren saber qué está pasando, ¿verdad? Muy bien, voy a explicárselo…, aunque me parece que buena parte de ello lo saben ustedes perfectamente. No en vano han tomado parte en lo sucedido. Veamos: ¿acaso no ha sido uno de ustedes, o sea, el que no está aquí ahora, el que ha asesinado esta tarde a Helmut Siedl?

—¿Cómo sabe usted eso? —gritó Vashvili.

—Si el niño tiene cuatro naranjas y le quitan una, ¿cuántas naranjas le quedan?

—¿Cómo? —Quedó estupefacto el ruso.

—Tres naranjas —sonrió la divina superespía—. Las matemáticas nunca fallan. Nunca. Como asignatura de estudio, allá en mis casi lejanos tiempos universitarios y los aún más lejanos escolares, las matemáticas no me gustaban ni pizca… Pero, andando el tiempo, he aprendido que son utilísimas… ¿Y saben por qué son utilísimas?

—¿Por qué? —se dejó llevar Vashvili por la verborrea de Galina Cherkova.

—Porque son lógicas. Las matemáticas es lo más lógico de todo cuanto el hombre conoce; al menos, hasta el momento. Con las matemáticas, se puede resolver todo: problemas de dinero, de niños con naranjas, de viajes espaciales, de balística…, y hasta de espionaje. Aunque… este asunto que nos tiene ocupados a todos no es propiamente de espionaje. No es *estrictamente* de espionaje. Con lo que, sin darme cuenta, me he salido de mi… campo habitual de actividades. Pero no importa. Usaremos las matemáticas y todo saldrá perfectamente… para algunos. Para ustedes, no.

Los fue mirando de uno a otro, ya sin sonreír, fríamente, y Kiselyov tuvo que comprender, por fin.

—¿Nos está amenazando? —susurró.

—Más bien sí. A menos que me equivoque, cosa que dudo… Díganme una cosa: ¿conocían ustedes a Helmut Siedl? Personalmente y antes de ahora, quiero decir.

Tras una vacilación de los tres, Muntyan contestó, con voz no precisamente firme:

—No… no…

—Sí —dijo Galina—. Sí le conocían. Pero no de ahora, sino de hace años… Muchos años. Digamos… desde el año mil novecientos cuarenta y dos; o sea, desde hace exactamente treinta años, un par de meses más un par de meses menos… ¡Treinta años! Toda una vida, ¿no les parece? Después de conocer durante treinta años a una persona, se podría considerar que dicho conocimiento ha originado una firmísima, solidísima amistad… Pero no es éste su caso… Para ustedes, la existencia de Helmut Siedl ha sido en todo momento como… una espada pendiente sobre sus cabezas. ¿Cierto?

—Matémosla —jadeó Vashvili—. Ella lo sabe todo… ¡Matémosla!

Los tres iniciaron un movimiento, pero Galina Cherkova alzó una manita y quedaron inmóviles de nuevo. Parecía tenerlos magnetizados, hechizados.

—¿Estás ahí, mi amor? —preguntó.

El desconcierto de los rusos duró muy poco; sólo el tiempo que tardaron en oír, de pronto, unas pisadas tras ellos, al pie de la escalerilla, y una voz seca y fría:

—No se vuelvan —ordenó aquella *voz*, en un ruso nítido, tan impecable como el de Galina Cherkova—. Y dejen caer sus pistolas.

Los tres veteranos rusos cambiaron miradas de miedo y de duda. Vacilaban.

—Abandonen sus dudas —aconsejó Galina—. Antes de que pudieran completar su pensamiento de volverse a disparar, o de intentar hacerlo contra mí, mi amor tendría tiempo de meterles una bala en la nuca a cada uno de ustedes y de volver a China a pie… ¿No es cierto, mi vida?

—Por lo menos, cumpliría la primera parte —aseguró Número Uno—. En ir y volver de China tardaría más tiempo.

—Oh, qué gran decepción… Te creía mucho más rápido… Bien, señores, ¿qué deciden? ¿Muerte o conversación?

Arkady Kiselyov fue el primero en dejar caer su pistola.

Enseguida, lo hicieron Muntyan y Vashvili. Y luego, como fulminados por un invisible rayo, los tres se dejaron caer en el diván junto a Galina y escondieron el rostro entre las manos. Ella los miró fríamente, se puso en pie, recogió las pistolas, incluida la que ella había llevado allí, propiedad del agente de la MVD, Sergei, y miró a Angelo Tomasini.

—Ve a mirar si también en lo demás hemos acertado, ¿quieres, mi amor? Yo me ocuparé de ellos.

Número Uno asintió y se dirigió hacia el pasillo de los camarotes. Galina se acercó a uno de los rusos, le quitó los cigarrillos y encendió uno.

—Prosigamos —murmuró, expeliendo el humo—. Ustedes tres y el amigo que falta, sí conocieron muy bien a Helmut Siedl. Él era entonces comandante de las SS nazi que invadían Rusia, concretamente el Cáucaso. Ustedes quizá no fuesen militares, pero lo indudable es que eran rusos. Y a pesar de eso., de ser rusos, de ver a la Madrecita Rusia hollada por el enemigo, no reaccionaron… digamos, debidamente. No. Por el contrario, fueron tan cobardes que colaboraron con el enemigo. ¿Cierto?

Silencio. Pero los tres rusos, desencajados los rostros, palidísimos, miraban con ojos desorbitados a Galina Cherkova.

—Cierto —dijo ella misma—. Fueron tan asquerosamente cobardes que colaboraron con el invasor. Luego, poco a poco, las cosas volvieron a su cauce. La Madrecita Rusia quedó libre de la ocupación, los alemanes tuvieron que retirarse… La guerra terminó y Rusia estaba entre los vencedores. A costa de miles de vidas de héroes rusos… Y a costa de miles de vidas que fueron sacrificadas aún más inútilmente que las de esos héroes: mujeres, niños, viejos que nada podían hacer para defenderse de las horribles masacres que alguien planeó… para causar un impacto psicológico en el pueblo ruso, un terror absoluto. Y ese alguien, no pudo ser nunca el hombre llamado Fritz Bierrenbach. Nunca. Tuvo que ser, por ejemplo, Helmut Siedl. Sí, Helmut Siedl, algunos más y… los colaboracionistas rusos, que ayudaron a la preparación del plan. Entre esos colaboracionistas rusos estaban ustedes cuatro. Oh, y Paulov Metreveli, desde luego. Así que cuando terminó la guerra, estaban aterrados por lo que podía sucederles. Pero tuvieron suerte; nada se supo, todo quedó oculto, nadie les acusó de nada. Por lo

tanto, se dedicaron a vivir tranquilamente en la Rusia que ustedes no merecían, la Rusia que de la nada se ha convertido en el segundo país del mundo, la Rusia que hombres y mujeres mucho mejor que ustedes se dedicaron a levantar con admirable valor y tenacidad, la gran Rusia de hoy… Finalmente, cuando ya habían conseguido convencerse de que «aquello» no había sucedido, la MVD encuentra y detiene a Helmut Siedl, al que llevaban mucho tiempo buscando. Alarma. Paulov Metreveli, otro de los indecentes traidores colaboracionistas de los alemanes, que ha conseguido nada menos que alcanzar un puesto directivo en la MVD, comprende el peligro, los localiza a todos, les avisa… Inmediatamente, traza un plan de acción: matar a Helmut Siedl… ¿Estábamos en lo cierto, amor?

La última pregunta fue dirigida a Angelo Tomasini, que había aparecido de pronto nuevamente en el saloncito. Se acercó a ella y le susurró unas palabras al oído.

Galina Cherkova asintió con la cabeza.

—Tráelos —dijo.

—¿Y lo otro?

—¿Es por mando a distancia, por tiempo, o por conexión?

—Por conexión… Conexión y tiempo…

—Entonces, déjalo tal como está.

Angelo volvió a desaparecer, hacia el pasillo de camarotes, y Galina miró aún más fríamente a los tres rusos.

—Información de última hora que hace encajar todavía más los guarismos de este juego matemático —dijo seca—. Hablemos ahora de los alemanes. Concretamente de dos alemanes, llamados según esta última información, Rudolf Wallzer y Otto Sallinger…, pero que aquí, en Yalta, se han hecho llamar Ferenc Lozac y Milko Stefanis, húngaros. Mas no son húngaros… Rudolf Wallzer y Otto Sallinger son alemanes, compañeros de aquellos malhadados tiempos de Helmut Siedl. Aparecen en escena. Saben que si la MVD consigue presionar lo suficiente a Helmut Siedl, sus nombres saldrán a relucir como componentes de aquel grupo que planeó toda la matanza del Cáucaso, como el propio Siedl. Y, como conocen a Metreveli, se ponen en contacto con él. ¿Quién diría, quién habría pensado que después de tantos años volverían a verse? Pero la necesidad los obliga: uno es jefe departamental de espías, otro quizá es un próspero industrial, quizá otro es… maestro, otro

empleado de cualquier cosa… Vidas tranquilas y, hasta quizá, felices. Pero… ¡alarma!: Helmut Siedl, el hombre que puede derrumbar todas estas vidas si habla, ha sido detenido por la MVD. Hay que arreglarlo, hay que solucionar esto…, y la mente del espía Metreveli se pone en acción. Va a ver a Helmut Siedl y le dice que gane tiempo mientras él planea el modo de sacarle del apuro. Y Helmut Siedl obedece. Pero… Pero para su desdicha, se le ocurre cargar toda la culpa de lo sucedido en un hombre que, por su ocupación durante la guerra, por su clara inteligencia, por sus grandes conocimientos militares de toda índole, ocupa uno de los primeros puestos en el mando estratégico alemán: ese hombre se llama… o se llamaba Fritz Bierrenbach: mi padre.

Los tres rusos parecían ya incapaces de reaccionar, pero respingaron al oír las últimas palabras de Galina Cherkova, y sus ojos se desorbitaron aún más.

—Sí, mi padre. ¿Debo aceptar, pues, sin más indagaciones, que mi padre planeó el asesinato de miles de personas civiles: niños, ancianos, mujeres…? ¿Debo admitir que toda su capacidad estratégica militar se reduce al asesinato en masa de gente indefensa? Pero, sobre todo, ¿debo admitir que mi padre no fue más que un miserable, un asesino, un… una bestia inmunda? Yo no lo creo. Puede que al final de esto me lleve una triste sorpresa, pero, desde luego, no lo creo… por ahora. Déjalos ahí mismo —se dirigió a Angelo.

Éste, de nuevo en el saloncito, arrastró un poco más dos grandes fardos envueltos en mantas y los dejó en el piso. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y sus negros ojos parecieron clavarse en los rusos como puntas de cuchillo.

—Y como no lo creo —prosiguió Galina Cherkova—, vengo a Yalta a intentar demostrarlo. Mientras tanto, Metreveli sigue adelante con su plan. Moviliza a los dos alemanes y a ustedes. Les hace creer a todos que él va a solucionar el asunto… Y es cierto que va a hacerlo, pero… de una vez por todas. Así, planea que sea uno de ustedes quien asesine a Helmut Siedl. Él se las arregla para que pueda llegar hasta la sala donde se celebra el juicio y allí, el compañero de ustedes, mata a Siedl. Inmediatamente, se deja detener. ¿Qué le harán? Nada, le dice Metreveli. No le harán prácticamente nada, en cuanto diga que él es del Cáucaso, que ha

sabido quién era Siedl y lo que hizo, y que ha querido asesinar a un asesino… Eso será todo…, hasta que Metreveli consiga asesinarlo con cualquier pretexto. Así que ya lo saben ustedes: su compañero también está destinado al silencio eterno, para dentro de muy poco. Mientras tanto, Metreveli, que ha simulado aceptar las directrices de los dos alemanes, los ha ido contentando y poniendo en contacto con ustedes, considera que ha llegado el momento de eliminar a los alemanes.

Los envía aquí, y ustedes, siguiendo sus órdenes, matan a los dos —señaló los dos bultos envueltos en mantas que había llevado hasta allí Número Uno—. Los envuelven en mantas y; cuando estén en alta mar, al agua con ellos. Cumplido esto, ya sólo quedan ustedes tres…

Se acercó a los bultos, los abrió por el extremo que le pareció correspondía a la cabeza y, en efecto, primero uno y luego el otro, vio los rostros de Ferenc Lozac y Milko Stefanis; es decir, los rostros de Rudolf Wallzer y Otto Sallinger. Crispados. El primero con los ojos muy abiertos, expresando la sorpresa, el dolor y el miedo por la traicionera muerte…

Baby alzó la cabeza, para mirar una vez más a los tres hombres.

—Sí —susurró—. Ya sólo quedan ustedes tres, pero, naturalmente, Metreveli también ha planeado asesinarles. Así, de todos los componentes de aquel grupo de criminales de guerra y colaboracionistas, sólo quedará él, y ya nunca nadie sabrá nada. Podrá seguir viviendo, tranquilo… Sí, tranquilo, porque un hombre que traiciona a su patria no creo que pierda el sueño por asesinar a unas cuantas personas más…, incluidos dos agentes de la MVD que tenían órdenes de venir aquí después de matarnos a Uno y a mí. Los reunía aquí a todos y así lo tenía más fácil. Porque, naturalmente, si bien esos dos agentes de la MVD estaban dispuestos a asesinarnos, luego habrían pedido explicaciones, se habrían hecho averiguaciones. No, no, no, nada de eso. Todos muertos y Paulov Metreveli a vivir tranquilamente. ¿Lo han comprendido? ¿Tienen algo que decir?

Los tres rusos tardaron en reaccionar, y cuando lo hicieron, fue para mover la cabeza negativamente. Parecían tres lívidos cadáveres sentados.

—Yo sí tengo algo que decir. Lo último… Voy a hacerles una

sola pregunta más. Si la contestan, me marcharé y los dejaré a ustedes vivos, para que sigan su destino… Esta es la pregunta. ¿Tuvo algo que ver mi padre con esos crímenes de guerra?

—¿Nos dejará marchar si contestamos a su pregunta? —Sonó ronca la voz de Kiselyov.

—Sí. Contesten e inmediatamente Número Uno y yo nos iremos de aquí. Inmediatamente, y sin más explicaciones o preguntas.

—No —dijo Kiselyov—. Nosotros ni siquiera teníamos idea de que viviese un hombre llamado Fritz Bierrenbach. Sólo hemos oído hablar de él a raíz de la detención de Helmut Siedl. Él sí debía conocerle, pero nosotros jamás le vimos por el Cáucaso ni oímos su nombre.

Brigitte Bierrenbach Montfort aspiró profundamente, dio media vuelta y se dirigió a la escalerilla, hacia la cubierta. Número Uno, sin más, se fue tras ella.

Durante unos segundos, los tres rusos permanecieron inmóviles, como petrificados. Posiblemente, sopesaban con incredulidad su gran suerte de conservar la vida.

De pronto, Muntyan se puso en pie vivamente.

—Vámonos de aquí antes de que, tal como ha dicho esa mujer, Paulov quiera matarnos también a nosotros… Ya ajustaremos cuentas con él. Yo haré el primer turno en los mandos.

Se lanzó escalerillas arriba.

* * *

Tranquilamente sentados en el «Povieda», Brigitte Bierrenbach Montfort y Angelo Tomasini vieron zarpar el yate. Él la miró, fue a decir algo, pero captó la fría y dura mueca de su compañera, y encogió los hombros. Encendió un cigarrillo y su mirada quedó fija en el blanco yate de pabellón griego que se alejaba… La noche había llegado ya y su negrura fue absorbiendo lentamente, en la distancia, la blancura del yate, hasta que, finalmente, incluso sus luces reglamentarias de posición dejaron de verse.

Y luego, de pronto, el mar se iluminó en una roja llamarada, allá donde debía estar el yate *Atenas*; la bomba conectada al encendido de los motores del yate que ponía entonces en marcha el mecanismo de tiempo, había funcionado.

Al parecer, todo le estaba saliendo bien a Paulov Metreveli.

Capítulo VIII

Paulov Metreveli entró en el cuarto del hotel y miró con expresión inquieta, intrigada, al coronel Leonid Okanov.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. Estaba muy ocupado con ese hombre que ha matado al alemán cuando he recibido tu llamada urgentísima…

Okanov cerró la puerta y señaló uno de los sillones de la pequeña salita, de espaldas al dormitorio.

—Siéntate —murmuró—. He recibido una información de última hora que tienes que escuchar.

—¿Respecto a todo esto del juicio?

—Desde luego. De otro modo, no te habría molestado…

—No digas tonterías —refunfuñó Metreveli—. Tú no me molestas. Hace muchos años que nos conocemos, ambos somos del Cáucaso y…

—Tú no eres del Cáucaso… —Tembló la voz de Okanov.

—¿Cómo? —Se pasmó Metreveli—. ¿Qué dices?

—¡No eres del Cáucaso, no eres ruso, no eres nada, nada, nada…! —gritó con el rostro rojo de ira, de furiosa impotencia, de dolor, el coronel Okanov.

—Leonid, ¿te has vuelto loco?

—¡Siéntate! —le empujó derribándole sobre el sillón—. ¡Siéntate y escucha esto! ¡Quiero que lo escuches, y que puedas decirme que es mentira, que todo lo que vas a oír no es cierto, que me han engañado…! ¡Quiero que puedas decirme eso, Paulov!

Colocó sobre una mesita redonda lo que parecía una pequeña radio a transistores, accionó uno de los mandos y, enseguida, del aparato brotó una voz familiar de mujer, en perfecto, impecable ruso:

Paulov Ivanich Metreveli, le está hablando la agente Baby, de la

CIA. Escuche atentamente las acusaciones que en breve le serán formuladas por el oportuno tribunal ruso en Moscú.

Primera: cuando la ocupación nazi del Cáucaso, en el año mil novecientos cua…

En solamente cinco minutos, la nítida voz de la espía más peligrosa del mundo expuso toda la explicación, todos los cargos contra Paulov Metreveli y contra los hombres que con él habían colaborado con los alemanes, así como los nombres de éstos que habían dirigido la horrenda operación, los más de cinco mil crímenes de guerra. No quedó por ser explicado ni el más mínimo detalle.

Por fin, cuando la grabación terminó y se hizo el silencio, Metreveli alzó la mirada hacia Leonid Okanov, que le contemplaba ansiosamente.

—¿De dónde ha sacado esto? —susurró.

—Me lo entregó María Piamonte antes de marcharse. Tenía yo razón cuando te dije que me parecía sospechosa, que hacía muchas preguntas… Por eso te avisé, pensando que debías saber que una espía andaba cerca de mí, y…

—¿Dónde está ella ahora?

—Se ha marchado con Tomasini. Tengo entendido que piensan cruzar el Mar Negro en lancha, hasta Istambul, los dos solos, uno con el otro… No necesitan más…

—Están cruzando el Mar Negro —reflexionó Metreveli—. Hacia Istambul… Eso son más de quinientos kilómetros…

—A los dos les gusta el mar y están juntos y solos. No tienen ningún problema…

—Lo tendrán —sonrió secamente Metreveli—. Lo van a tener muy pronto, Leonid; jamás llegarán a Istambul. La agente Baby y Número Uno van a reposar para siempre en el fondo del Mar Negro.

—¿Piensas atacarlos?

—Puedo alcanzarlos con una avioneta armada al amanecer. Naturalmente que pienso atacarlos.

—Entonces… ¿todo esto es verdad?

—Sí.

—¿Traicionaste a Rusia? Paulov, ¿fuiste un colaboracionista nazi, como los otros? ¿Participaste en…?

—¡Ya te he dicho que sí! —gritó Metreveli—. ¿Qué crees que sentía yo entonces? ¿Piensas que estaba contento, que me sentía orgulloso de mí mismo? ¿Qué crees que podía sentir yo?

—Por lo menos, vergüenza —jadeó Okanov.

—¿Vergüenza? ¿Qué es la vergüenza, comparada con la vida? ¡No es nada, nada de nada…! Sólo palabras… ¡Palabras que nada significan! ¿Por qué tenía yo que morir?

—Otros murieron por Rusia. Yo mismo estuve a punto de morir varias veces, en los frentes, luchando por mi patria, por mi Rusia… Y lo mismo hicieron miles y miles de rusos. De rusos… Pero tú no eres ruso, no eres nada, nada, nada… Deseo que mueras… ¡Deseo que mueras cuanto antes, Paulov!

Una pistola brotó en la mano de Metreveli. Y una ronca carcajada brotó como directamente de su garganta, petrificados los labios.

—¿Morir yo? ¿Por qué he de morir? ¡Que mueran los demás, que mueran todos, pero no yo…! ¡Yo no! ¡No por Rusia ni por nada ni por nadie! ¡Yo no, Leonid! Pero tú… tú sí vas a morir. Sí. No tengo más remedio que matarte, compréndelo. Luego, saldré en persecución de esos dos malditos, los hundiré para siempre…

—Sé que no podrás hacerlo —movió la cabeza Okanov—. No vas a poder hacer otra cosa que morir. Luego, yo diré que te maté porque me enteré de todo, lo probaré. Probaré todo lo vuestro, pero en silencio, en privado, de Rusia adentro… Tenemos prisionero a Yevgeni Kolotov, no lo olvides. Le haré confesarlo todo, y Rusia sabrá la verdad. Solamente Rusia y solamente unos pocos rusos, porque no queremos avergonzarnos. Y tampoco acusaremos a nadie inocente, así que se hará público que la Unión Soviética ha recibido información por la que definitivamente y totalmente, retira cualquier cargo que se haya tan siquiera sugerido contra Fritz Bierrenbach… Esto lo conseguiré yo personalmente, sin dar muchas explicaciones, para no comprometer nunca a la agente Baby, pero pagándole este favor personal a mí y este gran favor a toda Rusia… ¡Maldito seas, Paulov…! ¡Maldito seas tú y todos los que como tú…!

—¡Estás loco! —aulló Metreveli, alzando más su pistola.

Plop.

El disparo sonó tras él. Y Paulov Metreveli cayó hacia adelante, chocando contra el coronel Okanov, que lo apartó rudamente,

tirándolo sobre la alfombra, temblando de asco, de miedo, de pena… Durante unos segundos se quedó jadeante, contemplando a Paulov Metreveli que había terminado sus días, al fin, como le correspondía: con una bala en la nuca.

Por fin, Leonid Okanov alzó la mirada, la dirigió hacia el dormitorio, en cuyo umbral estaban María Piamonte y Angelo Tomasini, éste todavía con la pistola en la mano, contemplando sombríamente a Metreveli. María Piamonte se acercó a Okanov y le sonrió levemente.

—Adiós, coronel —susurró—. Usted va a estar muy ocupado y Angelo y yo nos vamos por la mañana temprano. Ya sabe: quinientos kilómetros en lancha, solos en el mar…

—No lo digan nunca —murmuró Okanov—. No lo digan nunca a nadie, no digan que unos rusos lo hicieron, que colaboraron con unos criminales de guerra, que…

—Procure olvidarlo. En todos los países hay traidores, en todos los países hay gente como Helmut Siedl y como Paulov Metreveli. No piense en ellos, coronel. Pero de todos modos, quede tranquilo: nosotros estaremos siempre a la altura de la discreción de usted: ni siquiera ha oído hablar de Baby ni de Número Uno. Pero si alguna vez necesitase algo de mí, sólo escriba una nota a la CIA. Yo entenderé.

Se apartó de él y Número Uno se acercó. Limpió con un pañuelo las huellas dactilares de la pistola con la que acababa de matar a Paulov Metreveli y luego la puso entre los inertes dedos de Leonid Okanov.

—Buen disparo, coronel —musitó.

Desde la puerta, se volvieron los dos para mirarle por última vez y quedaron sobrecogidos al ver el viejo rostro firme y honrado, tostado por el sol, arrugado… Un rostro noble por el que se deslizaban gruesas lágrimas de dolor, de humillación…

—No lo digan nunca… Por favor, no lo digan nunca…

Este es el final

La *signorina* María Piamonte estuvo de suerte: muy poco antes de marcharse del Hotel Oreanda recibió una carta que llegaba con todos los requisitos de máxima urgencia. Pero no la abrió hasta que la lancha estuvo tan lejos de la costa, tan Mar Negro adentro, que parecía que no existiera la tierra, sino solamente mar, por todas partes, bajo el radiante cielo azul del sol.

La carta era bastante extensa, con pormenores, escrita en italiano. Pero de toda ella, la espía internacional concedió casi exclusiva atención a un párrafo que decía:

Sólo que, esta vez, las cosas se han removido debido a ese asunto del juicio de Yalta, contra Helmut Siedl, y he podido llegar más lejos en mis averiguaciones dentro del servicio secreto alemán, naturalmente utilizando a viejos amigos y a otros nuevos. De todos modos, la información no me parece definitiva respecto a si tu padre vive o no; saca tú las conclusiones sobre eso. Respecto a su intervención en los crímenes de guerra que se están juzgando en Yalta, puedes tener la completa seguridad de que tu padre no tuvo la menor intervención en ellos. Estuvo, al principio, en el Cáucaso, desde luego, pero, precisamente (y ahora viene lo doloroso y dichoso al mismo tiempo para ti), fue llamado rápidamente a Berlín por negarse a dirigir ninguna clase de operación estratégica del tipo que nos ocupa.

Al negarse Fritz Bierrenbach a tomar parte en nada parecido, Helmut Siedl fue nombrado jefe estratégico nazi, así que, sin la menor duda, tu padre fue ajeno a todo ello. Y, como te digo, por esa negativa fue llamado a Berlín. A partir de entonces, nadie ha sabido jamás qué fue de Fritz Bierrenbach, pero uno de mis viejos amigos, ahora en cuestiones administrativas, me ha sugerido que por aquellos tiempos corrieron rumores de que Fritz Bierrenbach

había sido ejecutado por haberse atrevido a cometer traición al desobedecer las órdenes del III Reich sobre la estrategia a utilizar en el Cáucaso…

—Como dice tu amigo Alexandria —comentó Número Uno al leerle ella por segunda vez aquel párrafo, mientras él tripulaba la lancha—, yo creo que no hay la menor duda sobre lo sucedido. Al menos, respecto a la intervención de tu padre.

—¿Y pudieron… ejecutarlo por ello? ¿Pudieron ejecutar a un hombre por negarse a cometer crímenes?

Número Uno apartó un brazo y Brigitte se cobijó junto a él, notando la fuerte mano sobre su hombro. La lancha, veloz, surcaba las límpidas aguas, hacia Istambul. De allí, en avión, partirían hacia Villa Tartaruga, donde, como en tantas ocasiones, la agente Baby encontraría silencio, paz, comprensión y sobre todo amor; siempre en compañía del único espía que podía vencerla en todo el mundo. Un espía duro, implacable, al que nada ni nadie importaba. Nadie… excepto Brigitte Montfort, Brigitte Bierrenbach Montfort, alias Baby, de la CIA; hija de una espía fusilada por los alemanes en el patio de una prisión, y de un alemán que, al parecer, había sido ejecutado por los propios alemanes por negarse a convertirse en criminal de guerra… La guerra. Lo que más odiaba en el mundo la agente Baby. En aquellos momentos, debía estar llorando. Por ella, por sus padres, por los muertos del Cáucaso y por todos cuantos habían caído en la mayor barbarie de la Humanidad…

Número Uno la apartó un poco, suavemente, y quedó verdaderamente sorprendido al contemplar, secos, sin una sola lágrima, los más bellos ojos azules del planeta Tierra.

—¿No lloras? —musitó.

—Debería derramar tantas lágrimas, que no me sale ninguna, mi amor —dijo ella—. Pero sí estoy llorando —se apretó más contra él, como queriendo formar con los dos un solo cuerpo—. Escucha… Escucha el llanto de mi corazón…

FIN